

CEFERINO SUÁREZ DE LOS ÁNGELES

La Concha de Artedo

El rumor
sagrado de
sus olas

CEFERINO SUÁREZ DE LOS ÁNGELES

Sus publicaciones:

Una comunidad viva (San Javier).

El cálido contorno (Azucel).

Los adolescentes hijos del cura (Azucel).

Donde yo me pueda ir (Azucel).

Relatos del corazón (Azucel).

El pequeño tren y la gran Gianna d'Angelo (El refugio de la Brisa).

A la orilla del sueño. (Loredo)

La Concha de Artedo

*El rumor sagrado
de sus olas*

Maquetación:

Jorge Fdez. Leonardo

Fotografía:

Jorge Fdez. Leonardo

Imprime:

xxxx

Depósito Legal:

AS-2086-2014

Introducción

Ya de muy niño había estado unos meses en Artedo con mi abuela en casa de unos parientes lejanos. Pero de aquello apenas recuerdo algún que otro nombre. Mucho tiempo después, el año 94, volví a La Concha de Artedo. Había aceptado la invitación de los amigos, que lo iban a ser para siempre. Aquel sábado, recuerdo, nada más apearme del tren, me fui corriendo a saludar a Javier, apreciado amigo desde mi adolescencia. Él ya me había hablado con entusiasmo de los otros que con él venían a encontrarse aquí desde hacía unos dos o tres veranos.

—Sí, tengo ganas de que los conozcas, son personas encantadoras —me dijo muy animado.

Como pude pronto comprobar, todos ellos participaban también de ese mismo afecto hacia Javier.

—No tiene comparación posible. En el fondo y en la forma es una persona asombrosa —me había dicho uno de ellos, tal vez Nacho.

Aquel primer día de encuentro con ellos, era también en el mes de agosto. Aquella tarde, cercanos al andén, también me estaban esperando todos, o al menos fue esa la impresión que tuve desde el primer momento.



Pronto nos saludamos y, ya sin esperar a más, me dijeron sus nombres: Chano, Carlos, Ana, Pablo, Nacho, Manolo y Magnolia. Como para ellos, intuí al poco rato que la Concha de Artedo también sería para mí desde ese momento un desprendimiento de mis necesidades o preocupaciones personales. Estaba tan hermosa como me la imaginaba. Y si bien el paisaje cercano, como muy pronto me comentaron, había sufrido agresiones imperdonables, Costas con unas acertadas obras había venido a devolverle la belleza de la serenidad que habían pretendido arrebatarse. ¿No merecía este paisaje el mismo respeto que merecía nuestro cuerpo? La belleza de esta tan tranquila playa no puede morir nunca. Desde entonces todo encuentro con ella fue para mí un sí a toda la creación. Y hoy puedo decir que lo fue para todos nosotros. La Concha de Artedo es un mundo único. Algunos de nosotros, si no todos, hemos aprendido aquí a leer el sentido de nuestras vidas. Y a mí siempre me ha invitado a dar un sí a toda mi hasta entonces tan insustancial existencia.

En ese primer encuentro, hace ya más de veinte años, nos habíamos ido en un primer momento hasta la playa. Tal vez hoy, un poco más tarde, podría empeorar el tiempo, pero, como entonces, no le daré ninguna importancia a esta cuestión. Hoy pasaré la tarde y la noche en Artedo. Y buscaré tiempo para contemplar estas olas del atardecer, que me abrirán las puertas de su mundo jamás oscurecido. Serán unos momentos en los que otra vez sentiré cómo el mar inspira nuestra imaginación, no revelándonos secretos, sino ofreciéndome la evidencia, la profundidad de la realidad. Por eso, aunque algunos de mis pensamientos no sean ya los mismos; sin embargo, creo que volveré a disfrutar como entonces de aquel común sentimiento.



Quizás, en alguna otra parte de Asturias, la seriedad con que el mar se va retirando tras la oscuridad me invitara a cierta tristeza. Pero en la Concha de Artedo no es así. Y en un atardecer como éste y en un día como el de mañana ni mis compañeros ni yo necesitábamos de las formalidades y complacencias de los rituales al uso de los hombres de mundo. Por otra parte, aquí pronto caes en la cuenta de que el antídoto de la alegría ya no es la tristeza, sino la dureza del corazón. Eso bien lo sabíamos.

Veíamos que la luz que el mar prendía en Artedo no nos proyectaba de manera monstruosa. Siempre nos levantaba dispuestos a no interpretar lo abstracto, sino a contemplar la más sencilla realidad. Además la valentía humana no implica la carencia de miedos, sino no ser prisionero de los propios miedos.

Nada más llegar a Artedo esta tarde me pongo a pensar cómo lejos de este rincón han cambiado tanto las cosas, que lejos de aquí casi nadie se podría imaginar el aroma y el recuerdo de estas experiencias tan difíciles, creo, en cualquier otro lugar. Pasaron los tiempos, pero, por otra parte, veo ahora muy claro que no puede darse en nuestra sociedad humana la paz si primero no se da en nuestro interior. Y de eso clara conciencia teníamos todos.

Cada realidad y cada experiencia actúan en Artedo como si se tratara de un pequeño y único mundo. Aquí, como fácilmente se puede ver, todo te invita a descubrir el sentido de la vida en todo, en cada instante. También nos ofrece la ocasión para interesarnos los unos por los otros, evocar recuerdos y revivir nuestro propio espíritu. Estoy muy seguro de que hoy volverá la inconfundible voz de Javier a hablarme de Cristo. Su voz ya no sonará en estas orillas, pero mi corazón la seguirá

escuchando. Y, como el mar, sigue teniendo en La Concha de Artedo su rincón privilegiado. Vengo con esa emoción de los tiempos mejores a recoger sus cosas y sus papeles. Nunca le importó tanto nuestra oscuridad como la claridad que Cristo nos ofrecía. Bien aprendimos de él que la sabiduría es cosa de la gente sencilla.

Bueno, no me pararé a hablaros de Javier, de Chano, de Luis, de Manolo, de Carlos, de Ana, de Magnolia, de Nacho ni de la gente conocida de Artedo. No es necesario: se notará que al hablaros de Artedo os estoy hablando de todos ellos. Tan sólo me limitaré a poner cierto orden a sus papeles que hoy vengo a recoger. No sé si lo haré con acierto, aunque sí con el mayor respeto.

Quisiera que la emoción no me involucrara hasta desorientar la verdadera intención de mis amigos. No será fácil: su estilo de vida y sus palabras siempre sugerían otra cosa. Y sus escritos, como veréis, apalabran siempre el silencio de lo inefable. Como las olas en Artedo, me traían el rumor de lo sagrado. Entre las experiencias fundamentales de sus vidas, los encuentros tenidos en La Concha de Artedo jugaron un papel importantísimo. Por otra parte, ellos marcaron en profundidad mi persona. Así, en este contexto, me pongo a redactar con fidelidad, aunque no con un sentido lineal sino parándome en aquellas experiencias que tienen que ver con mi existencia. La selección de textos tiene que ver también con La Concha de Artedo, donde al calor de la mejor compañía, volví a soñar con esperanza y a dejarme amar por Cristo.

Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor, tuyas son la alabanza, la gloria y el honor; tan sólo tú eres digno de toda bendición, y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.

Loado seas por toda criatura, mi Señor, y en especial loado por el hermano sol, que alumbra y abre el día, y es bello en su esplendor, y lleva por los cielos noticia de su autor.

Y por la hermana luna, de blanca luz menor, y las estrellas claras, que tu poder creó, tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son, y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!

Y por la hermana agua, preciosa en su candor, que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor! Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol, y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado mi Señor!

Y por la hermana tierra, que es toda bendición, la hermana madre tierra, que da en toda ocasión las hierbas y los frutos y flores de color, y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor! Y por los que perdonan y aguantan por tu amor los males corporales y la tribulación: ¡felices los que sufren en paz con el dolor, porque les llega el tiempo de la consolación!

Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor! Ningún viviente escapa de su persecución; ¡ay si en pecado grave sorprende al pecador! ¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!

¡No probarán la muerte de la condenación! Servidle con ternura y humilde corazón. Y sus dones, cantad su creación. Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén.

San Francisco de Asís

Primera Parte

Mis Amigos



Chano Rivas

Creo que aún no tenía los seis años. Mi abuela me había llevado a la casa de la vecina Inés a una “esfuella”(todo un ritual para preparar las mazorcas de maíz y poder colgarlas en ristras del hórreo para que allí madurasen de la mejor manera). En la casa descubrí a un anciano inválido que en el tiempo interminable de la “esfuella” no se había movido de su silla puesta en el descansillo de la escalera, ni tampoco dicho una sola palabra; aunque parecía observarnos en todo momento con aprobación y desde el azul celeste de su mirada. Terminada por fin aquella insufrible tarea y al marcharnos, era plena noche. Aún después de tantos años pasados recuerdo aquel momento. Me sobrecogió aquel insólito mundo. Cuando comenzaba aquel estrecho sendero por el que volvíamos a casa. Por primera vez veía un sorprendente y desconocido cielo lleno de una infinidad de estrellas. Tal fue mi sorpresa que fueron después muchas las noches en las que me quedaba ensimismado ante aquel cielo estrellado. Sobre todo, en las largas de noches de mi adolescencia. Me detuve allí parado hasta que la abuela me espabiló. Estaba sobrecogido ante aquel insólito mundo. Por fin, mientras quise alcanzar a la abuela, me caí. Pero, al levantarme, aquella infinidad de lucecitas seguían en el cielo y no se apagaban una y otra vez como la mísera luz en la casa de Inés...

...Estoy muy convencido de que a aquel adolescente que fui después no le desconcertaría nada el que le dijeran que Dios se revelaba con sus palabras, pero aún más con sus obras. Siempre pensé que las obras

divinas tenían un carácter comunicativo. Como los libros que siempre duran más que el autor. Cuando Dios se comunica y luego desaparece, siempre queda adherido a su obra. Aquella profusión de estrellas ya me habían hablado sin ambigüedad de Dios.

Los recuerdos menos vagos de mi adolescencia derivan muchas veces también hacia el escándalo que yo me llevaba al oír hablar de la “muerte de Dios”. Ni aunque hablaran de su muerte cultural, no me parecía sensato que se lo dijeran de aquella manera a un adolescente. Veía que, por otra parte, algunos tenían un cierto miedo a que el permanecer fieles al Evangelio significara una reducción de su humanidad. ¡Qué extraño era para mí! Pero fue mi suerte el tener a un buen conocido como Javier que leía ya a Teilhard de Chardin. Él además se admiraba de la actitud del gran teólogo protestante Karl Barth que pasó de pensar en el totalmente Otro a maravillarse ante la humanidad tan cercana de Dios. En una adolescencia convulsiva como la mía, estos pensamientos me ayudaron a reprimir muchas cosas y a sublimar bastantes. Aquella noche se fue alargando en mi vida. Y sigo creyendo que mi estancia en Artedo a la escucha de Javier tiene mucho que ver con aquella noche”. La revelación divina no es en su origen una doctrina, sino una libre iniciativa de Dios que se comunica manifestándose en hechos. O al menos así me parece a mí. Ni la noche más oscura lo des- dibuja todo: los oscuros somos nosotros, no me cabe la menor duda...”...El admirado Javier, por otra parte, nos enseñó la injusticia de tratar de no ver nunca la racionalidad de los ateos, sino a vernos obligados entonces a reconquistar nuestra fe, a vivirla. Desde entonces creí que bien podía justificar mi fe mirándoles también a los ojos. Y en algunas charlas nos hablaban de ciertos ateos. Por lo que oía, la verdad me parecían unos auténticos sabios.

Hoy, en cambio, tengo la impresión de que los ateos que están más en el candelero no tienen la grandeza de aquellos. Por otra parte, ya hace unos años que me siento respaldado por muchos cristianos que buscan una explicación última de la existencia del universo. Estoy muy agradecido también a muchos profesores (Bolado, Caffarena, Tornos, Fernández Ballesteros, Huici...) y a algún que otro sacerdote. Y aún más a Javier sin cuyas lecciones y ejemplo yo sin duda alguna hoy pensaría de otra manera y sería otro...

...Y, aunque hoy se atienda únicamente a las leyes del mercado y a los criterios de rentabilidad, Javier sigue pensando como aquellos que se resisten a la realidad de tanta miseria, y está siempre atento a la dimensión profunda de la realidad. Y, siguiendo su ejemplo, yo también lo hago como cuando, por primera vez, mis ojos contemplaron el centelleo de una noche plagada de estrellas y en un pueblo que no estaba tan perfectamente diseñado, ni mucho menos.

Pero en esta tan bellamente diseñada Concha de Artedo, si bien aún me preocupa la cuestión de quién es Dios para mí, aún más agradezco ahora las palabras y el ejemplo de Javier: solía poner cuanto era en lo mínimo que hacía...

...Ya no necesito vagar por tantos caminos: con mis amigos he descubierto que Jesús es un modelo fundamental de claridad y perceptibilidad, de visión y de práctica de vida. ¿Qué contradicción puedo encontrar entre este Dios Salvador y la gran obra de la Creación, disfrutando de las más sabias lecturas de su Universo en Artedo? No quiero equivocarme, pero creo que el respetuoso diálogo entre las ideas religiosas y científicas debe verse como algo positivo. Artedo ha

sido para mí un estímulo en este sentido. Nuestro mundo necesita urgentemente diálogos como éstos. Con diálogos así otro gallo nos cantaría a todos.

“

Dice una leyenda judía que cuando los dos primeros seres humanos rechazaron a Dios el día de su creación y fueron expulsados del Edén, vieron ponerse el sol por primera vez. Entonces quedaron horrorizados, porque no podían entender otra cosa sino que por su culpa el mundo volvería a precipitarse en el caos. Sentados uno frente al otro, lloraron toda la noche y se verificó su conversión. Entonces comenzó a amanecer. Adán se levantó, tomó un unicornio y lo ofreció como sacrificio en lugar de sí mismo”.

Martín Buber

“

Nadie niega que, en el siglo XX, la ciencia ha conseguido exitosos triunfos y ha resuelto ciertos enigmas de mundo que, durante largo tiempo, se tuvieron por irresolubles. Y, sin embargo, a pesar de todos los fantásticos progresos cognitivos, en modo alguno ha perdido el mundo su carácter enigmático; ni en el ámbito de lo más grande, ni en el ámbito de lo más pequeño”

Hans Küng

Pablo

Para mí el tiempo sólo existía de verdad en la memoria, donde irremediablemente se detenía. Y bien que permanecen aún en ella ciertos recuerdos. Latosos en ciertos momentos, pero la verdad recuperados en Artedo siempre con cierto alivio. Y vuelven a encenderse en compañía de mis amigos ahora en su compañía. Como en la colina de enfrente a la estación del tren y tan cerca del río Nalón. Cuando el aire se ha habido detenido de súbito y yo seguía deshaciendo nudos de rubio trigo que mi padre traería convertido en pan casi negro. Sin embargo, ¡qué sencilla expectación entre la tristeza de la espera y el humo exultante del tren! Sin embargo, aunque el vacío se adueñara de lo real, la belleza de aquel pequeño tren, que traía a mi padre con el pan, bullía en mi corazón.

Ya lejos ahora de aquella colina y del estremecimiento que me producía aquel tren de vapor, soy hoy un hombre que no quisiera que ante mí nadie, en mi presencia, nadie se preguntara con quién realmente estaba hablando. Quiero no tener doblez alguna, aunque la vida me haya enseñado a sumar con lo desigual. Y recuerdo cómo mi maestro me había dicho: “Dios se halla en el grito del que sufre, pero también en el silencio suave de nuestro corazón”. Y cuando me habló quisiera hacerlo como él lo hacía: con naturalidad y convicción...

...¿Qué clase de mundo es éste en el que aquellos misteriosos estados iniciales de la materia y energía han dado lugar a la vida inteligente? Nadie está todavía en condiciones de aportar pruebas concluyentes.

Todavía hoy nos seguimos preguntando ¿por qué existen las cosas y por qué son como son? Personalmente me parece muy justo celebrar la belleza de nuestro asombroso planeta y dar gracias por el don de la vida. Confiar y cantar la belleza de este mundo no me parece irracional. Estoy de acuerdo. Pero ¿cómo explicar esta naturaleza, también escenario de tanto mal? —le pregunté una tarde.

Javier estaba convencido de que Dios nos acompañaba en nuestro sufrimiento. Veía que al Dios bíblico le afectaban nuestras vicisitudes y las de la creación entera, que se deleitaba con su belleza y se afligía con sus tragedias. La creación no era para él sólo el escenario del drama humano, sino la obra de un amor que espera la respuesta de la naturaleza y del ser humano. Yo también terminé pensando más o menos así:

El problema del mal y del sufrimiento, que tantos quebraderos de cabeza nos dan hemos de afrontarlo como un misterio. Piensan algunos, y sus pensamientos me alivian, que Dios limita su poder por propia iniciativa. Por otra parte, el sufrimiento humano dejó de ser entre nosotros visto como un castigo o anomalía inexplicable. Pero son maneras de pensar ingenuas y nada más. El mal sigue ahí. A algún buen teólogo ya le había preocupado mucho que el hombre de hoy tuviera más bien la impresión de que Dios debiera justificar ante el hombre el estado deplorable del mundo, de que propiamente el hombre era la víctima y no la causa de tanto mal y sufrimiento. Alguien, por otra parte, me dijo que el mal era la roca del ateísmo. Otro admirable pensador también decía: “Dios es impotente y débil en el mundo, y sólo así está Dios con nosotros y nos ayuda”. Pero nos conviene de vez en cuando abandonar las elucubraciones teóricas. El mal

es un misterio. Sólo en la oración encontraremos la más adecuada respuesta...

...Ayer llegué a Oviedo por la tarde. No quedé satisfecho ni celebré nada después de defender un pequeño trabajo. He pasado este curso en Valladolid. Fue mi año sabático. Me fui para llenar el vacío sentido tras nuestra separación. Pero también mi año más desdichado. Mi padre había muerto a finales de junio. Desde que se le habían diagnosticado el cáncer, había llamado a mis padres todos los días y los había visitado casi todos los finales de semana. Y ahora... esta negra tarde. Me quedé como una piedra cuando me enteré de la muerte de mi padre. ¿Cómo mi hermana no me había llamado? Tal sorpresa me dejó descolocado por completo. Sin entrar en casa, se fui a ver a mi viejo maestro. Y recordando aquella su frase: “problema del mal y del sufrimiento, que tantos quebraderos de cabeza nos dan hemos de afrontarlo con fe”. En ese momento no pensé en lo que pudiera ocurrírseme, ni en pensamientos que me pudieran aliviar. Como tampoco se me ocurrió pensar que el sufrimiento humano nos viniera como un castigo o anomalía inexplicable. Pensando en mi padre: ¿cómo puede alguien amargar más la muerte a un ser querido? Jamás lo entendería. Tampoco quisiera pensar que solo lo hiciera por mí. Pero lo mejor es que intente no pensar ahora en mi hermana. Sólo quiero esperar que las represiones ejercidas sobre mí mismo, no impliquen nunca la opresión de los demás...

...Ahora, mientras espero a mis amigos, el mar de La Concha es una llama que enciende y no consume su presencia asomando sobre las aguas una y otra vez. No volveré a considerar las razones que mi hermana para obrar así. De nuevo rechazaré este pensamiento. Como cuando me sentaba en aquella colina, pienso que ahora en Artedo este sentimiento vivido estos días debe esperar, sin duda,

algo más que desamparo. Pero, ¡caray!, también que yo pude evitar todo esto escogiendo otro momento para irme a Valladolid, ¿no?.

...Estoy seguro de que mi hermana tuvo que tener razones muy serias contra mí para no comunicarme la muerte. Tan extraña su manera de actuar como la de la vecina que llevaba meses rompiéndome los tiestos de junto a casa. Cuando la descubrí, vi que era la misma que había hablado muy mal de mis padres y de mí. Y aún mayor sorpresa llevé al verla charlar con mi hermana nada más llegar a Oviedo.

En verdad muchas cosas nada sustanciales me robaron excesivo tiempo en otras ocasiones, y que muchas veces me porté de forma menos racional de lo que decía. Debo olvidar este gesto de mi hermana cuanto antes. Espero también que mi ex no haya sufrido por mi culpa.

...Pasados unos años, y tras el tan injusto cáncer que se cebó con Chano y recordando la madurez que no le dejó ser dominado por el miedo, me es obligado, tras estas experiencias con él en Artedo, pedirle que me ayude a poder seguir su ejemplo y un día, como él, sepa decir también sí ante lo inevitable.

Cuando se vive en una situación hermética todos los intentos de comprensión apelan a razones. Pero la razón sólo funciona sobre la confianza y el amor.

Bueno es que abras bien los ojos ante la verdad. De ese modo podrás descifrar la mentira que con ella te pretenden colar.

No puedo fundamentar mi fe, pero he de justificarla ante los demás.

Si intentara explicarlo todo, no aclararía nada. Hablar es expresar la vida entera. Me basta. Evitaré explicarme a mí mismo.

Dios no nos envía las cosas; las cosas suceden (enfermedad, muerte...) Dios nos acompaña.

Si tus sentimientos son auténticos, nunca te verás escenificando tu amabilidad o perversidad.

Escuchemos en el dolor humano y en la necesidad del prójimo la voz del Dios que es de vivos y no muertos.

Hay siempre algo profundamente lírico en el corazón de toda experiencia religiosa.

Nuestros pensamientos acaban haciéndose realidad: uno es lo que piensa que es. Si pensamos cosas tristes, acabamos sintiéndonos tristes.

Que a pesar de mis miserias o pequeñeces, sea capaz de imaginar las torres de un mundo mejor.

Caigo en la cuenta de que estoy olvidando que mis seres esenciales son los únicos que pueden comunicarme algo de Dios.

Lo que Dios nos revela no son secretos, sino la evidencia, la profundidad de la realidad.

Amor y muerte. Todos los grandes argumentos giran en torno a estos dos temas.

Fundamento infinito

“Las respuestas son dichas a la existencia humana desde más allá de ella. De lo contrario, no serían respuestas, ya que la pregunta es la misma existencia humana. Pero la relación es más profunda aún, existe una mutua dependencia entre pregunta y respuesta... Dios es la respuesta a la pregunta implícita en la finitud de la existencia. Con todo, si la noción de Dios aparece en la teología sistemática en correlación con la amenaza del no ser que va implicada en la existencia, a Dios debemos llamarlo el poder infinito del ser que resiste la amenaza del no ser. En la teología clásica es el ser en sí. Si definimos la congoja como la conciencia del ser finito, a Dios debemos llamarlo el fundamento infinito del coraje. En la teología clásica es la providencia universal. Si la noción del reino de Dios aparece en correlación con el enigma de nuestra existencia histórica, debemos llamarlo el sentido, la plenitud y la unidad de la historia. De esta manera, logramos una interpretación de los símbolos tradicionales del cristianismo, que salvaguarda el poder de estos símbolos y los abre a las preguntas elaboradas por nuestro análisis de la existencia humana.

Paul Tillich

Manolo

De modo súbito, todo se tambaleó. Nunca me pude imaginar que la noche de la gran urbe pudiera despertar la zozobra que se apoderaba ahora de mi respiración. Había que verlo para creerlo, pues de otra manera no sería otra cosa más que una imaginaria aventura de una novela negra. Ahora veía que bien era verdad lo que la gente decía: los medios de comunicación estaban más bien acaloradamente interesados por lo que ocurría en otros espacios. En aquellas siete noches a la búsqueda de mi hijo, observé igualmente cómo una infinidad de gente anónima escapaba de sí misma y de sus contradicciones y conseguía al parecer una más soportable identidad en la reconocida capacidad de la noche para borrar ruidos y sombras. Como si en la noche de la gran urbe nadie pensase, sino sólo sintiese. Como si en la noche las decisiones fueran imprevisibles y rápidas. Ya nada me iba resultando sorprendente: esta noche veía a un nuevo huido y, a la de mañana, podría ver que había desaparecido.

—Gente peligrosa —me murmuraba el desconocido que le acompañaba aquella noche.

—¡No digas eso! Son bastante frágiles.

—Precisamente por eso. ¡Tén cuidado!

Más después por Holanda me sorprendieron aún más las cosas. Habían apresado a mi hijo. Al lugar donde le habían detenido me condujeron un periodista de TV y un conocido pastor evangelista. Pasamos por un lujoso y enorme local, vacío a esas horas de la maña-



na. Una infinidad de divanes, o de algo así, llenaban aquel inmenso salón. Tampoco mi acompañante parecía despertar de aquella ensoñación continua. Hasta que aquel inmenso Cristo, que lo presidía, vino a sacudirnos de golpe. Pero, al momento, infinidad de negras salpicaduras se superpusieron al encanto de los ojos vidriosos del Cristo. Como si todo un mundo gay pretendiera disculpabilizarse ante él.

—¡Qué difícil me resulta!

—Y esto no es lo peor...

...Todos nosotros fuimos educados en el espíritu crítico que nos había enseñado la Ilustración. Pero allá por los 70 nos vino el Postmodernismo pretendiendo lanzarnos a una lucha contra los ídolos cognitivos, éticos, estéticos y religiosos. Sus autores nos hablaban —cosa que hacían muy bien— del desencantamiento de la razón. Con estas razones y, sobre todo con las experiencias nefastas del pasado siglo, muchos cayeron en el escepticismo, o así a mí me parece. Aunque ellos, es verdad, hablaran de un escepticismo racional que ponía su confianza todavía en las raíces de la vida y de la realidad. A mí, sin embargo, me suscitaba muchas dudas. ¿Podríamos de esa manera escapar de la inhumanidad de los mercados y poderes? Todavía, cuando pienso en nuestros jóvenes, hecho muy en falta la fuerza explicativa de la psicología, la historia y los estudios culturales. Donde nada tiene valor, nada vale. Por otra parte, los mayores tampoco deberíamos ser timoratos a la hora de formular afirmaciones acerca del bien y del mal ante el actual politeísmo de valores. El postmodernismo ha influido muchísimo en la manera de crear y pensar; pero nos metió en un callejón sin salida, sin sentido, vacío.

Cuando todo está tan globalizado, no creo que el simple sentido

común y un mínimo de criterios de validez sean suficientes. ¿No estamos más que nunca orientados por la moda y el consumismo? ¿Podremos hacer frente a las injusticias económicas o administrativas liberando tan sólo las energías de nuestro cuerpo y mente o celebrando la locura, la intensidad y el deseo? ¿Cómo hacer frente a la indolencia y al escapismo de nuestra sociedad de consumo, a la irracionalidad e injusticia de ciertos sistemas? Nadie puede pasar de largo ante las críticas que el Posmodernismo nos hace. Pero todo esto me excede: bastante tengo para mí.

Por lo demás, sería destructivo dejar que el escepticismo nos invada. Pues para ello de poco nos servirá un concepto trivial de los valores y la moral. Además, creo que todos albergamos una filosofía de la vida y que todos tendremos que seguir avanzando en la búsqueda de la verdad. Dificilmente podremos escapar de esa turbada y contradictoria realidad que los pobres, parados, drogodependientes y oprimidos viven. De poco les servirá nuestra esperanza si ésta es tan solo la postmoderna de los místicos marginales, disconformes, artistas de vanguardia, locos o histéricos. Para terminar estas líneas, lo haré confesando que en ningún libro ni en ningún otro lugar encontré más luz y paz juntas que en la lectura que en Artedo hice del Evangelio.

...Dicen que los sueños intentan dar sentido al caos mediante la imposición de un orden narrativo, relacionando acontecimientos recientes con pasados y uniendo contenidos mentales que tienen un sentimiento similar. Creo que es verdad. Artedo no sólo me ha embellecido el pasado, sino que me impulsa a volver a Madrid a buscar de nuevo a mi hijo. Espero no encontrar la vacuidad de los postmodernos, ni tampoco a quienes intenten rellenar como sea su vacío. Sólo a la víctima que tanto me duele.

Dar nombre al presente

“¿Dónde aparecen los pobres y los oprimidos a lo largo de todas las discusiones sobre la alteridad y la diferencia de los postmodernos, los modernos y los antimodernos? Porque ahí están concretamente otros cuya anterioridad tiene que marcar la diferencia, pues gracias a ellos vuelve a estar viva entre nosotros la memoria plena y disruptiva del evangelio, tienen mucho que enseñarse entre sí, a la vez que son una advertencia unos para otros. En su discurso profético y en sus acciones liberadoras está la esperanza de un tiempo verdadero de presente ante el Dios que juzga y salva. En sus acciones actúan y hablan los sujetos históricos para todos los que tengan oídos para oír. Todas las demás conocidas denominaciones occidentales del presente tienen mucho que enseñarse entre sí, a la vez que son una advertencia unas para otras. Únicamente cuando el discurso occidental deje de reflexionar simplemente sobre la alteridad y la diferencia y fije su atención, escuche y entre en diálogo y solidaridad con los otros como seres concretos y diferentes pertenecientes a otros centros, surgirá un nuevo sujeto histórico en el centro occidental, pasada ya la muerte del sujeto moderno. Solo cuando los modernos dejen de creer que, como herederos de la tradición occidental, son los únicos que conocen el significado de la razón, el diálogo y la praxis, serán capaces de emprender el diálogo y establecer la solidaridad con los genuinamente otros, que también tienen sus historias, sus tradiciones, sus modos de razonar y actuar. Sólo cuando los antimodernos caigan en la cuenta de que la recuperación de la tradición, la memoria y la identidad no puede convertirse en ocasión para dar por supuesto que ya conocemos esa identidad, a partir de una lectura excesivamente ingenua del pasado, serán

capaces de prestar de nuevo oído a las memorias del dolor, las contradicciones de los oprimidos, vivas aún en nuestros días. Si los cristianos occidentales quieren aislarse de una nueva reserva del espíritu, ningún burócrata moderno los detendrá. Solo su conciencia, sensible a la memoria disruptiva del dolor y la resurrección de Jesucristo, será capaz de detener ese deslizamiento hacia la constitución de un centro que parecerá más bien un objeto de museo”

David Tracy

Carlos

El sol vigoroso del mediodía retiraba a la multitud de espectadores de la plaza donde se reunía la fiesta. La megafonía se fue apagando. El espectáculo de danzas y cantos asturianos parecía haber finalizado. Sorprendentemente aquel famoso hombre vino a sentarse en mi mismo banco. Tal vez como él mismo hacía, yo también había buscado la tranquilidad de aquella sombra. Yo tenía en aquel momento un libro en mis manos. En otros tiempos sentiría la vanidad de tenerlo a mi lado, pero ahora mi tranquilidad era que el hombre que tenía a mi lado pensara pasar por un simple desconocido.

—¿Qué estás leyendo? —me preguntó, rompiendo aquel hasta ahora cómodo silencio para mí.

—Un libro sobre religión y ciencia, un tanto difícil para mí, sin duda alguna.

—¿Qué eres?

—Soy sacerdote.

—Muy joven todavía, ¿no? Yo soy escéptico. Pero, créeme, tengo en la familia muy buenos creyentes —me dijo con la mayor naturalidad.

—Bien. Pero, la verdad, es que no pretendía confesarle hoy.

—Seguro —me respondió. —Pero tengo que aceptar mi envidia y respeto por vuestra labor.

—Es usted una gran persona. Bueno, esto es lo que yo sinceramente creo.

—Eres amable. Pero te equivocas —me respondió. —Me conformo con lo que soy. Sé un sacerdote cordial, razonable. La tuya es una gran tarea.

—Gracias. Así no me hablan mis obispos.

—Oh, no, no... deja ese tema —me dijo, casi sonriendo.

—De acuerdo.

Me sentí aliviado tras mi metedura de pata.

—¿Tè apetece un whisky? Bueno... si nos lo traen a este maravilloso rincón—añadió un poco más tarde.

—Me los voy a buscar ahora mismo —le dije con prontitud. Me sentía otro.

No le dije lo afortunado que me creía. Además tenía la certeza de que aquel eminente profesor me decía lo que sentía. Años después, recordándole, pienso que la fe no debe tener nunca miedo a la razón. La luz de mi fe y la luz de su razón, las dos venían de Dios. Mucho aprendí aquella mañana. Todos nos podemos enriquecer cuando existe el diálogo...

...Las personas religiosas no podemos sentirnos ni orgullosas ni satisfechas del diálogo que hemos mantenido hasta ahora, bastante congelado hoy a mi parecer. Existen muchas dificultades y parece inacabable este debate de hoy entre la fe y el escepticismo. Por una parte está el extremo de los ateos que intentan demoler la religión en nombre de la ciencia. Por la otra, están aquellos que tienen una religiosidad irreflexiva, supersticiosa o literalista. Y de estos últimos hay muchos más de los que pensamos. Por otra parte, relacionamos la religión y la ciencia de distintas maneras. Unos ven conflicto y guerra continua

entre ciencia y religión. Otros diferencian sus lenguajes y funciones. A mi el diálogo entre la ciencia y la religión que otros practican me parece más constructivo, aunque no alcancen una unidad conceptual. Así, entre estos últimos, hay quienes insisten en que la existencia de Dios puede ser inferida a partir de los indicios que manifiesta la naturaleza. Hay temas que piden hoy a gritos un diálogo. Un tema es el de la creación (qué bello libro es el de nuestro asturiano Juan Luis Ruiz de la Peña sobre la teología de la creación). Me apasiona también el tema mente y cerebro. ¿Y a quién de vosotros no le seducen los temas de astronomía y creación, creación y evolución, genética neurociencia y naturaleza humana, Dios y la naturaleza?

Sería posible este diálogo si no perdiéramos la capacidad de escuchar las lecciones de los científicos y atendiéramos a las reservas planteadas por los escépticos, sin amedrentarnos y reconociendo nuestras limitaciones. Encontraríamos sin duda alguna motivos para un mayor optimismo. Años después y en Artedo, mi duda es si la presencia aquí con nosotros de un sacerdote me dejaría con el mismo sabor de boca. Por si acaso, me quedo con estos mis compañeros. Y a la espera de que se impulse y se favorezca el diálogo religión-ciencia.

Creer en Dios... significa afirmar con confianza ilustrada que el mundo y el hombre son inexplicables en lo tocante a su último destino; que el mundo y el hombre no son un absurdo salido de la nada y arrojado a la nada, sino que —en cuanto todo— constituyen algo razonable y valioso, no son caos, sino cosmos; que tienen en Dios —su fundamento y destino primordial, su autor e indicador de la meta— un primer refugio y hogar permanente... Creer en Dios significa trabajar con serenidad y realismo por un futuro mejor, por una sociedad mejor en paz, libertad y justicia”.

Hans Küng

Por desgracia, la profundización de la teología acaecida en anteriores conversaciones entre ateos serios y pensadores cristianos tiene pocas probabilidades de repetirse. Como ejemplos de diálogos fructíferos, pienso en cómo la teología de Paul Tillich se vio ahondada por el encuentro de este con los escritos de Friedrich Nietzsche y con el existencialismo ateo, así como en la confrontación de Karl Barth con Ludwig Feuerbach, de Karl Rahner y Rudolf Bultmann con Martín Heidegger, de Jürgen Moltmann con Ernst Bloch, de Gustavo Gutiérrez con Karl Marx y de muchos teólogos contemporáneos con Jacques Derrida, Jacques Lacan y Jürgen Habermas. Al menos, los ateos de esta lista tenían suficientes conocimientos de teología para hacer el diálogo interesante y productivo. En marcado contraste, el nivel de discernimiento teológico de los nuevos ateos es tan superficial e impreciso que ni siquiera permite iniciar una conversación semejante”.

John F. Haught

Ana Aramo

Pasé toda mi infancia y primera juventud al cuidado de mis padres, sobre todo de mi madre siempre enferma. Y así un día y otro. Hasta que mi padre se opuso a mi primer noviazgo. Aunque también su madre se oponía a que saliese conmigo. Un día él me propuso marcharnos a algún lugar lejano. Pero no insistió, tal vez intuyendo mis posibles problemas de conciencia. No hace mucho le he vuelto a ver. Muy entristecido y derrotado; pero al menos permanecía vivo. Mis padres tampoco me dejaron después ir a estudiar enfermería algo que tanto me ilusionaba por entonces. Pasé los días enteros junto al lecho de mi madre y las noches, refugiada en mis sueños. Casi como en un corto sueño apareció después Oscar. Pero sus problemas resultaron también insuperables. Por mi parte, tras la muerte de mis padres, me fui quedando a solas con las pesadillas tenidas en el frío rocío de la noche y mis miedos a la soledad. La relación con mis padres había sido muy complicada. Cuando, días atrás, Carlos me habló de este grupo, me pareció muy buena la idea de venir hasta aquí. ¡Tengo tanto que aprender!...

...Yo creía estar bastante informada sobre los movimientos feministas. Pero últimamente me doy cuenta de que tengo mucha información de cosas que no comprendo. Creo que este hombre nos lo pone más fácil. Cualquiera puede advertir, oyéndole, que la sabiduría, como la de él, nace cuando se unen el amor del saber y el saber del amor. Algo nada complicado de entender para quienes lo conocemos. Bien realza, por ejemplo, que las palabras de Jesús si se sacan de su verdade-



ro contexto, que es el lenguaje del amor, tendrán un efecto degradante y destructor. Creo que piensa que para enseñar lo que se dice, tiene que ser amado antes. Todas sus palabras son expresión de sí mismo. Nos dijo varias veces que “para conocer a una persona es necesario escuchar los sentimientos que se esconden detrás del lenguaje de los hechos”. Escucharle es percibir una profundidad serena, una familiar expresión de la emoción...

...No se encuentra en todo en Nuevo Testamento un solo lugar donde aparezca una mujer como enemiga de Cristo. Jesús nunca tuvo enemigas. Para empezar, cuando Jesús invoca a Dios es muy consciente de su Padre es espíritu, no hombre ni mujer. La conducta de Jesús se caracteriza también por su parcialidad de su trato con las mujeres. Las perdonó, sanó y les devolvió la paz. En los Evangelios hay de relatos de la misión encomendada a las mujeres. Le acompañaron hasta Jerusalén y ni lo abandonaron ni huyeron...

...Mi pensamiento es un violonchelo que sube a las penetrantes notas altas cuando Javier nos invita a cuidarnos a nosotros mismos porque no podemos confiar en lo que hagan las grandes instituciones. Lo creo mientras miro la seriedad del azul de su traje, sin duda alguna, nunca escogido para una juerga. Debe encantarle en azul, sin duda alguna. Hasta los alargados dedos de su azul mirada parecen querer apaciguarnos mientras nos deja con la responsabilidad de hacer más profunda nuestra comprensión de todo lo allí tratado.

Según le oigo, las mujeres fueron las primeras destinatarias del mensaje pascual. Pablo nos presenta mujeres como apóstolas, senadoras, misioneras, maestras, profetisas, y jefas de iglesias domésticas. No os extrañe que hoy haya gente que intenta descubrir las fuerzas que

redujeron este ministerio público de las mujeres en la Iglesia primitiva a un estado cada vez más disminuido.

Hemos tardado veinte siglos para descubrir a Jesús como Liberador de los pobres. Es mucho. Espero que sea menor el tiempo para que aparezca también como Liberador de las mujeres.

Por la tarde el grupo ha hablado de cómo no se puede lograr entender al hombre sin una adecuada referencia a lo que es la mujer, de la riqueza personal, familiar y social que la mujer aporta. Y hemos comentado, negativamente, la presentación del hombre débil y de la mujer lista que ofrecen ciertos medios de comunicación. La verdad es que esta tarde termino con cierta desazón: ¿dos mil años nos separan del sermón de la montaña? Pero tal vez esta cierta tristeza me venga por ser hoy el primer día, después de treinta años, que me pude sentar con alguien para hablar plácidamente de Jesucristo.



La cristología feminista de la liberación ha descubierto a Jesús como Liberador, no en un sentido general con respecto a los pobres, sino de un modo específico en relación con las mujeres...Esta cristología constituye un desafío, señala una verdadera revolución copernicana, que esta vez no destrona a la tierra en favor del sol, sino al patriarcado en favor de una comunidad de auténtica mutualidad”.

“La opción preferencial de Dios por la justicia para con los pobres es expresión del poderoso instinto de una madre para cuidar del hijo más necesitado. Y como las madres se alzan a defender a sus hijos, así también, cuando las personas se hacen violencia unas a otras, desatenden a los pobres, se enriquecen mediante sistemas de intercambio injustos o destrozan el bienestar ecológico de la tierra, entonces el amor materno de Dios actúa para defender, implantar la justicia y sanar”.

Elizabeth A. Johnson

El bien común

“El ámbito de lo bueno se ve amenazado por dos fuerzas opuestas: un absolutismo insensato y un relativismo irresponsable. No podemos legislar la bondad desde las altas esferas, pero tampoco claudicar con resignación, limitándonos a decir: “Lo que tenga que ser, será”. Las críticas postmodernas son oportunamente cautas y a veces devastadoras, pero no se puede permitir que resulten decisivas. Los medios digitales pueden desempeñar un papel positivo al mostrarnos una amplia gama de alternativas, al presentar para el debate diversos conceptos del “bien” y algunas prácticas que han resultado efectivas más allá de nuestras fronteras y de nuestra conciencia... En última instancia, se requiera un diálogo profundo y continuo entre los ciudadanos y quienes ejercen su trabajo en los medios. Si los ciudadanos abogan por la presentación más amplia y mejor fundada de diversas alternativas, este mensaje presiona o libera a los medios para que sean ecuanímenes y exhaustivos. Pero si los ciudadanos no desempeñan su papel con responsabilidad, los medios se limitarán a expandir una niebla de ignorancia y prejuicio... Lo que nos hace humanos en el mejor sentido es nuestro potencial de “trascender” el interés individual para pensar en lo más sensato para el bienestar general, el bien común”

Howard Gardner

El pecado original se acerca cuando el origen se aleja como un crepúsculo para arrojar a Adán y Eva en brazos de la noche.

Cuando llego a pensar que el otro se las vale solo, el amor, simpatía única, se mutila, y como un río se va.

Con la sexualización de lo privado y la politización de lo público la sociedad moderna mata el sentido de las relaciones humanas.

Lo que se hace por amor acontece siempre más allá del bien y del mal. Pues el amor actúa descubriendo lo auténtico, la belleza de la otra persona. Por algo Cristo nos consideraba maravillosos como seres humanos.

Jesús llama a los hombres a amarle amándonos unos a otros. El pecado será lo que se oponga, lo que es rechazo de este ofrecimiento. El pecado es el amor y la vida rechazados.

No hay incapacidad más mortífera que la incapacidad de complimentarse.

No hay mejor comparación para el amor de Cristo por sus seres humanos que la del amor entre hombre y mujer.

Magnolia

Mi amigo tiene ya 57 años. No es corpulento aunque sí alto. Ojos muy negros. A esta edad, creo, está más atractivo que nunca. Viste un traje negro impecable. Sencillamente, me encanta verle vestido así, como nunca.

—¿Cómo tú por aquí?

—Me invitó Chano. Me habló muy bien de todos vosotros.

—¿Por dónde andas ahora? Hoy te veo como muy liberado, por cierto.

Estaba segura de que me decía la verdad. Hace ya unos cinco años me contó cosas que en un principio me chocaron. Había ido a su administrador en un momento apuradísimo para él. Pasó una hora hablándole de dígitos para arriba. Pero, en aquella situación, no tuvo más remedio que aguantarle el chaparrón. Y a los cuatro días lo mismo, pero más: delante del arquitecto tuvo que aguantar un verdadero sermón sobre una teología de lo más pedestre.

—¿De veras? —Cuéntame.

—La última vez que nos vimos, venía de ver al Delegado de Enseñanza. Me venían mareando desde que terminé la Psicología (miraban hacia otra parte cuando les citaba a Freud; aunque tan sólo una vez lo citara). Encontraron una favorable ocasión cuando unas ex religiosas algo les dijeron de que hablaba poco contra el aborto. Me quitaron las clases. Aunque, a los pocos días, les informaron también de que mi compañero estaba casado. Yo me enteré también entonces. Me volvieron a llamar. Rechacé la oferta. Y el que rechazara esta última

oferta no me lo perdonaron jamás.

—Yo quedo fascinada con lo que me cuentas.

—¿Por qué me dices eso?

—Bueno, sí, siempre observé tu mucha fuerza interior.

—La última: cuando pedí, tan pronto como me volví de Barcelona, una parroquia de pueblo, y un vicario le dice a Chano que sí me la darían, pero que sería la peor que tuviesen.

—¡Qué lenguaje! Lo lamento. Ese señor aunque lo pensase, no lo debía decir. ¿Y la aceptaste?

—¿Qué lamentas? —sonriendo con serenidad.

—Sí, prefiero no saber nada.

—No dramáticas, Magnolia. Siempre me sentí —continuó, rompiendo el silencio que yo empezaba a temer— un gran alivio llamando a Chano en los momentos de apuro. Él y Carlos fueron mi ayuda mayor. Así, mis dificultades nunca se convirtieron en crisis. Aunque he de reconocer que las influencias y las ayuda siempre me vinieron de afuera. Y, gracias a ellas, ahora no guardo ningún rencor.

—¿Sigues creyendo?

—Pero rezo mucho.

—¿La fe te ayuda?

—Es una necesidad para mí. Aunque te encuentres con individuos o poderosos que no respeten tus derechos ni atiendan a tus demandas, Dios nunca nos deja solos. Para mí hoy la jerarquía no es el problema fundamental ni mucho menos, sino la forma de vivir el cristianismo. Por lo demás, Dios siempre nos busca cuando estamos en situaciones difíciles.

—Lo tuyo tiene mucho mérito.

—En absoluto. Ahora sólo pretendo construir mi ser un poco más honesto, acercarme a los valores fundamentales como la bondad, la belleza y la verdad. En todo esto espiritual reconozco que debo mucho a la Iglesia; aunque en lo humano y social, poco. Bueno, así pensaba cuando llegué a Artedo. Ahora ya no pienso en esas cosas.

—Está claro que la Iglesia no lo es de los perfectos o de los elegidos. Pero, si quieres, dejamos el tema.

—No me molesta hablar de mi fe cristiana, me es más difícil vivirla. A veces pienso que soy más infiel que fiel a Dios.

—Es la primera vez que te veo aquí en Artedo. ¿Lo pasas bien? Los que fuisteis un tanto profetas, ¿os sentís ahora ahogados?

—Me limito a escuchar.

—Pues tú debes hablar también. Yo sí que tengo aún mucho más que aprender de ti.

“

Si Dios es un Dios que se preocupa de los hombres, todo lo que, a través de la mediación del prójimo, favorece el bienestar y la verdadera humanidad del hombre tiene que ser don de Dios y, por lo tanto, salvación del hombre. No es posible restringir la benevolencia divina a un ámbito determinado, interno y aislado de la vida social, suponiendo que ese ámbito se dé realmente. La esperanza cristiana incluye esencialmente una esperanza en una sociedad mejor, más justa y digna del hombre”.

Edward Schillebeeckx

Nacho

En este singular y único paisaje aprendí en realidad a salir de mí mismo. Lo aprendí de Javier, ahora jubilado, un maestro que nunca ejerció en la escuela pública, pero sí en el trabajo y en su barrio con las personas más comprometidas. Dedicado a sus cuatro hijos y nueve nietos, no restaba tiempo a su formación religiosa y a sus amigos. En su vida tan entrelazada, pudiera parecer estar en ciertos momentos aislado, pero no lo estaba en absoluto. Con su familia y con nosotros siempre estaba presente.

De Manolo, después de tantos avatares, aprendí a no cargarme de obligaciones innecesarias. Y, sobre todo, de su forma, últimamente prudente y controlada, de alejarse de todo miedo a la desaprobación.

También vi cómo Pablo se liberaba de la tristeza y de las agresiones a sí mismo. En ciertos momentos parecía autoculparse y, a la vez, como temiendo el error y los juicios equivocados. Pero aquí alcanzó una serenidad perceptible y también encontró aquella comprensión y compañía que siempre anduvo tras ellas.

El escándalo de la enfermedad de Chano nos conmovió a todos. Ninguno de nosotros intentamos que nuestro desahogar la rabia no provocase una avalancha de emociones. Su conducta nos ayudó a arreglar nuestro desaguado interior, sin caer en la resignación o pensar que aquello era la voluntad de Dios.

Carlos me hizo siempre descubrir algo nuevo. Según él, vivimos y

nos arreglamos con diversas identidades (él era para nosotros exacer-dote, profesor, amigo, dialogante), pero su identidad primaria ahora era la cristiana. En muchos años de su vida intentó enseñarla, pero en estos últimos su preocupación era vivirla. También descubrí con él que mis creencias de ninguna manera podrían ser comprendidas por otros sin una participación en ellas.

La presencia de Ana y Magnolia en el grupo donde primaba la religiosidad, añadió a nuestro convencimiento más seguridad. Las peculiaridades especiales de las mujeres nos invitaban, al contrario, al respeto y al aprecio frente a la rivalidad y la violencia. Sus peculiaridades han de correr entrettejidas también en la Iglesia. El amor exige madurez.

Para terminar, quiero mostrar mi agradecimiento a Javier y a todos mis amigos. Ellos bien me mostraron que para poder aportar sentido y esperanza, es necesario antes reflexionar sobre nosotros mismos.

“

El contenido de la personalidad de Jesús tiene que deducirse de su vida, muerte y resurrección; tal contenido podrá corregir mi idea previa de “persona humana”. Cabe la posibilidad de que Jesús nos enseñe qué significa realmente “ser hombre”; en otras palabras, que nuestro concepto de “humanidad” no sea la medida para hablar de Jesús, sino que su humanidad sea la pauta para hablar de lo que significa la divini-

dad. Sumergidos en una historia humana de dolor e incapaces de encontrar un sentido, una salvación y una humanidad verdaderamente liberada y libre, cuando nos hallamos ante el mensaje de las religiones y, especialmente, ante el mensaje de Jesús sobre el reino de Dios en favor de los hombres, debemos estar a priori abiertos a escucharlo: es posible que ofrezca en un punto sobre en el que en ninguna parte se abren perspectivas satisfactorias”

Edward Schillebeeckx

Anhelo esa fe que aporte luz a los trances más amargos del vivir humano, entre los que siempre se dan cita el sufrimiento, la soledad, el fracaso, la culpa, la muerte.

No existen atajos que nos conduzcan a un mundo hecho a la medida de la dignidad humana.

La muerte de Dios es consecuencia de la muerte del sujeto. No podemos tener confianza en Dios si hemos perdido la confianza en nosotros mismos.

Hay más incompatibilidad religiosa en las prácticas de la vida consumista y trivial, que en las razones y argumentos de los intelectuales.



El rumor sagrado de sus olas

Segunda Parte

Papeles de Javier

Imágenes de Dios

Mi fe cristiana actual no cree en un nuevo Dios, sino que, al cambiar tanto el contexto de mis experiencias, ahora sólo busco su presencia en los acontecimientos actuales y en mi vida. He tenido que recorrer un largo camino. Sólo cuando he sido capaz de comprenderme a mí mismo, fui capaz de ir descubriendo otras imágenes de Dios. Tuve que esperar a poder superar aquellos años de miedos infantiles vividos en la postguerra, la enfermedad alargada de mi madre y el hambre desesperanzada de años. Aunque ya entonces, y en circunstancias tan desfavorables, barruntaba que lo que yo buscaba era algo incomprendible, insondable, ilimitado e indescriptible. Quería que el Dios que buscaba no tuviera nada que ver con aquel mundo de miedos que me rodeaba.

En mi adolescencia y juventud mi imagen de Dios nadaba en un mar de contradicciones. No era capaz de conciliar mi fe con las contradicciones que encontraba. Bien se notaba que yo no era teólogo. Tal vez por eso yo daba tantas vueltas a mis preguntas. Sin embargo, desde hace unos quince años mi fe cristiana está viviendo un nuevo capítulo en esta búsqueda de Dios. A esta búsqueda me impulsan ahora el esfuerzo de tantos por combatir la pobreza, las dificultades para un diálogo entre religión y ciencia, los esfuerzos de los ecologistas, la pobreza que se ensancha en el mundo y en España, y también el querer ser útil a los demás. Siempre agradeceré el enriquecimiento personal que adquiriré con mi encuentro en Madrid con los jesuitas amigos.

Pero, sobre todo, fue aquí, en La Concha de Artedo y en estos



encuentros informales pero inolvidables con Chano, Carlos, Manolo, Pablo, Ana, Magnolia y Nacho, donde pronto me di cuenta de que si fracasábamos en la búsqueda de nuestra paz interior y de nuestra felicidad, nuestra búsqueda de Dios tal vez fuera vana.

Creo que en todos nosotros la imagen de Dios se fue modificando al mismo tiempo que fue cambiando la imagen de nosotros mismos. Por eso hoy pienso que lo decisivo es sentirme en las manos de Dios. Y esto mismo es lo que me parece que pensaba Jesús. Vivió esta confianza y por eso mismo venció la muerte. De esto estoy seguro. La verdad es que aquí, en esta Concha, resulta más fácil evidenciar esto, darse cuenta de que la imagen, o idea, de Dios va unida al reconocimiento de que la vida y la creación son algo maravilloso.

El mismo Jesús nos enseñó y, a la vez, acentuó que el respeto debido al otro era semejante al respeto debido a Dios. El otro ser humano ha de ser para mí “la forma” visible del Dios totalmente Otro. El prójimo es el lugar privilegiado de nuestro encuentro con Dios. Cristo es siempre el mejor camino hacia Dios. Mis amigos trabajan para que esta imagen del Dios de las bienaventuranzas y que hace salir el sol sobre buenos y malos, sea percibida más y más.

No hace falta aclarar que ahora tengo una distinta forma de pensar esta relación con Dios. Ahora la entiendo como una relación dialógica con el Dios personal que entra en la historia y en mi vida interpelándome. Y esta interpelación que me hace se concreta en mí (en nosotros) como participación libremente aceptada en la realización concreta del designio divino sobre el mundo y la humanidad. Ahora le siento como el Dios, inclinado hacia el mundo y hacia el hombre, que me pide una aceptación de este “sí divino”, que no me dirige a un Dios

que vive en su absoluto “sí mismo” y “para sí mismo”, sino al Dios revelado de la de la Creación y la Alianza, al Dios inclinado hacia el mundo y hacia el hombre. Y en Él me veo ahora un ser personal y, además, interlocutor del Dios creador y con la misión mediadora respecto al mundo y a mi prójimo. ¡Las dos cosas! Porque las cosas han sido creadas para el hombre y sólo a través de él devienen significativas.

En compañía fuimos descubriendo cómo lo divino se revela en la realidad histórica concreta, en situaciones determinadas. Lo divino irradia en la realidad finita. Jesús nos invita a invocar a Dios como Padre y hacerlo con la mayor familiaridad. Y esta confianza en Dios puede, nos dice Hans Küng, infundirnos confianza en la vida, madurez, generosidad, tolerancia, solidaridad y compromiso. Aunque también es verdad que esta fe, por muy fundada y razonable que sea, no excluye nuestro pensar, nuestras preguntas y dudas, la voluntad y los sentimientos. No tengo la menor duda de que Jesús seguiría invocando a su Padre Dios con la misma confianza en nuestra época postmoderna.

“

Debes adaptar Tu palabra a mi pequeñez, para que pueda entraren esta diminuta morada de mi finitud —la única morada en la que puedo vivir— sin destruirla. Si hablaras tan abreviada palabra que no lo dijera todo, sino únicamente algo simple que yo pudiera entender, entonces yo podría respirar libremente de nuevo. Debes hacer humana tu palabra, porque es la única que yo puedo comprender. No me digas todo cuanto eres; no me hables de Tu Infinitud, dime simplemente que me amas, háblame únicamente de Tu Bondad para conmigo”.

Karl Rahner

“

No es hombre, no es persona como nosotros, sino infinitamente más que persona. Pero de tal manera que Dios no se convierta simplemente en un principio abstracto, apersonal o impersonal, en algo menos que una persona. Dios es, antes bien, transpersonal, suprapersonal, infinito en todo lo infinito, espíritu puro. Él, el infinito e incomprensible, es el mar que no puede ser borrado, es el sol del que no se desencadenan la tierra ni el hombre.

Pero sí sé que Dios es el misterio indecible de nuestra realidad que abarca y suprime positivamente todas las oposiciones de este mundo, entonces podemos rezar otra vez, con toda sencillez, o sea, incluyendo la calidad materna de Dios, como Jesús nos enseñó a rezar hace dos mil años: “Padre nuestro”.

Hans Küng

Cristo

El camino hacia Dios no es patente, está oculto. Él es el Dios desconocido, del que nosotros sólo tenemos noticia en la medida en que se revela en Cristo. Pero en Cristo esa lejanía de Dios se hace la incomprensibilidad de su cercanía. Cristo es la transparencia de Dios. En él se nos manifiesta la bondad y el amor de nuestro Dios y Salvador. Jesucristo es la revelación del amor, el testigo auténtico de la misericordia.

Ya los grandes teólogos del siglo XX nos mostraron cómo Cristo es la suprema revelación y realización de la salvación. Y porque nos sitúa ante la opción radical a su persona, somos interpelados por él, pone en juego el sentido de mi existencia personal y el de toda la existencia humana.

El Dios incomprensible tiene esa palabra abreviada que es Jesús. Y, como a él, el nombre sagrado de Dios nos rodea también a nosotros con amor redentor. Es el don propio del ser de Dios. En él se nos manifiesta la bondad y el amor de Dios. Es el testigo auténtico de la misericordia por la que Dios se unió al hombre.

Aunque Dios se ha aproximado en Cristo, aún así sigue siendo un misterio inefable. Es verdad que para él tenemos muchos nombres, imágenes y bellas metáforas que nos ayuden; pero yo concibo esa su ausencia como sobreabundancia. A mi fe le basta saber que en Cristo ese horizonte inefable se aproxima graciosamente a nosotros, pidiéndonos que nosotros nos aproximemos, y que lo hace envolviéndonos en un amor extremado y radical.

En efecto, en cuanto suprema revelación y realización de la salva-

ción, Jesucristo nos sitúa ante la opción radical frente a su persona. Y ya no me es posible, después de la Encarnación, una actitud infantil ni una ingenuidad descomprometida frente a mi propia existencia. En Jesucristo somos interpelados como hombres.

Por eso ahora creer en Jesucristo es tener vida en él, pues su mensaje es inseparable de su persona. Jesús es la Vida, como la Verdad y el Camino. En definitiva, esa Vida consiste en estar unido a Cristo.

Cristo no es sólo aquel en quien, sino también aquel a quien me uno para poder creer, para poder mirar desde su modo de ver. Pero no basta con recordar estas cosas. Hay mucho más. Toda su solidaridad con los descreídos, pecadores, samaritanos, endemoniados, leprosos, incultos, ignorantes nos da una clara lección: su Dios no es el Dios del triunfo sino el Dios que acepta su fracaso para salvar su amor. Tal vez si leyéramos con fe este vacío de nuestros tiempos, podríamos ver que es donde puede irrumpir una nueva promesa, pero si estamos dispuestos a construir, a enmendarnos y a cambiar nuestra vida aquí y ahora.

“A mi juicio, para captar el significado universal de la peculiaridad de Jesús de Nazaret, el mejor camino es acercarse a él no desde una idea previa de lo que significa ser Dios ni tampoco desde una idea previa de lo que significa ser hombre... Ir a Jesús para encontrar en él la salvación significa acercarse a él desde el desconocimiento o –mejor– “conocimiento abierto” de lo que significa ser Dios; pero se nos pide que nos abramos a la vivencia interpretativa de la realidad de Dios que tuvo el mismo Jesús y que manifestó en su propia humanidad”.

Edward Schillebeeckx

Fe cristiana

En el acontecimiento Cristo el infinito e incomprensible misterio de Dios se ha acercado a una radical proximidad al hombre y al mundo. Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído que se ha manifestado en el don de su Hijo: “En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo”.

Ya no partimos de un análisis abstracto de la fe (objeto formal, objeto material...) sino partimos de una perspectiva existencial y social. Supuesta la naturaleza cristocéntrica de la revelación, el encuentro con Dios en Cristo se hace adhesión integral del hombre al Dios que se revela y salva en Cristo, para que su amor pueda establecer una profunda unión personal con el ser humano y su mundo. Creer en Cristo es para mí creer en el Dios que se ha revelado en él, es confiar en el Dios que nos salva y nos adentra en su misterio.

La amistad y el diálogo que viví estos últimos diez años en la Concha de Artedo con estos ya inolvidables amigos me hicieron ver que la fe en Cristo me presenta la imagen de un Dios que se ha hecho solidario con los seres humanos, a un Dios compartiendo la suerte de los humanos.

Pues esta fe en Cristo nos salva, pues en él la vida se abre radicalmente a un amor que nos va transformando interiormente. El cristiano puede ahora tener los ojos de Jesús y sus sentimientos porque participa de su amor.

Aquí en La Concha de Artedo, nos pareció que el modo mejor de alimentar nuestra fe, era el volver al Evangelio, detenerse en sus pági-

nas y leerlo con el corazón. El amor de Dios no es algo que se aprenda, sino que llega como reflejo de ese gran amor con que Jesús trató a los pobres, de su generosidad, coherencia y valentía.

A su vez, no podemos olvidar, y hoy más que nunca, que nuestra fe y nuestra vida cristiana sólo están vinculadas y limitadas por su herencia. Pero la fe cristiana no es sólo una creencia en relatos, teorías e imágenes del pasado, sino una fe en un Dios que se nos presenta como nuestro futuro, y que podemos, por otra parte, anticiparlo en el presente; que nos invita a interpelar lo que hemos heredado del pasado a partir del futuro de nuestra vida presente, o dicho de otra manera: a la luz del futuro.

Es evidente que hay creyentes que se mueven arrastrados por la nostalgia triste del pasado que les hace retroceder. Otros paran ante el efecto deshumanizador de cierta cultura consumista y hedonista transmitida por los medios de comunicación, o en el neopaganismo donde la verdad se confunde con la autenticidad y se desvirtúan tantas identidades. Aunque, por otra parte, es evidente, en contraste, que muchos creyentes, a pesar de todo, se interrogan más bien sobre su misión propia en el ámbito de la justicia y la solidaridad, aunque sin olvidar la fragilidad de la conciencia humana cuando se deja de sí. Nuestro mundo de hoy tendrá rostro humano, si tiene en cuenta esta lógica del amor gratuito, de la igualdad en la justicia y la preocupación por los más desfavorecidos de nuestros hermanos humanos.

Unos y otros no sólo hemos de hacer memoria, sino también descubrir el valor de la alabanza y la preocupación ante la maravilla de la Creación.



Lo único que quisiera son dos cosas. Que pusieran ustedes sus ojos y su corazón en esos pueblos que están sufriendo tanto –unos de miseria y hambre, otros de opresión y represión– y después, que ante este pueblo así crucificado hicieran el coloquio de san Ignacio en la primera semana de los ejercicios, preguntándose: ¿qué he hecho yo para crucificarlo?, ¿qué hago para que lo descrucifiquen?, ¿qué debo hacer para que ese pueblo resucite?”

Ignacio Ellacuría

Sólo se puede superar el miedo, poniendo toda nuestra total confianza en Dios. Eso es lo que nos enseñaba Jesús.

No creo que mi fe en la persona de Jesús implique la posesión exclusiva de la verdad.

Cristo es la figura que reduce a cero la distancia entre el cielo y la tierra, Dios y el hombre, la trascendencia y la immanencia

Los años me han enseñado a superar la tentación a mantener una serie de ideas o de ideales y defenderlos a toda costa contra la realidad.

¿Sé escuchar en el dolor humano y en la necesidad del prójimo la voz de Dios que no es Dios de muerto, sino de vivos?

Cristo representa tanto la humanización de Dios, como la divinización del hombre.

La experiencia de Cristo ha de llevarme a la profundidad más interior de mí mismo, donde lo material y lo espiritual se han de reencontrar.

Fe exigente

Carácter exigente de la fe cristiana que exige a todo hombre el acontecimiento Cristo más allá de toda razón y de todo cálculo, puede iluminar el tema de las opciones existenciales. Decía un gran teólogo que el hombre obra normalmente de acuerdo con el fin que libremente ha elegido. La fe cristiana, o nuestra opción cristiana, pone en evidencia la absoluta seriedad de la decisión libre del hombre, mediante la cual orienta su vida le da sentido último. Veo ahora con suma claridad que la vida humana puede ser consciente de sí, elección, responsabilidad, riesgo, incertidumbre, compromiso y lucha; pero que también puede perderse en la renuncia a la propia identidad, la alienación, deserción, huida y automatismo.

En mi caso está claro que puse resistencias a las exigencias del mensaje de Jesús. Que mi fe no resolvía de una vez y para siempre los problemas, las perplejidades y los riesgos; al contrario, me los aumentaba y me los radicalizaba. Sí me situaba en un nuevo plano existencial, pero no en una existencia fácil.

Las exigencias radicales de Jesús son inseparables de esa su actitud de disponibilidad a la voluntad del Padre. Jesús es el enviado con la decisiva y última palabra y no conoce más que una actitud ante Dios: la obediencia. Ahora bien, la incondicionalidad del amor de Dios y de la oferta de salvación se ofrecen gratuitamente. Y precisamente en esta oferta gratuita de salvación está la posibilidad de una verdadera conversión, pues si se acoge la salvación, la conversión sigue necesariamente. La total disponibilidad del hombre al amor funda y justifica,

por otra parte, la donación de sí mismo y también deviene prolongación del amor de Dios en las relaciones interhumanas.

Y, por otra parte, si queremos entregarnos a fondo y con constancia, tenemos que ir más allá de cualquier otra motivación. Quien se ha abierto al amor de Dios no puede retener este don para sí. Ya en Dios el amor es relación de personas, con un tú y un nosotros también. Por eso la fe tiende a difundirse, a compartir con los otros nuestra solidaridad con la gente más necesitada. Es la expresión de nuestra solidaridad con ese mundo lleno de cruces. Es acoger a Dios tal cual es en su amor a todos los hombres.

Además, nunca podemos olvidar que creer en Jesús es seguirle; y seguirle no es otra cosa que asumir el mismo criterio que él tuvo en su vida. Su amor y solidaridad desencadenaron tensión, enfrentamiento y conflicto. Y por ello su vida se fue complicando progresivamente. Jesús tuvo que afrontar su destino, asumir sus opciones, orientar su vida de acuerdo con la voluntad de Dios. Y esta fue la lección más profunda y estremecedora que nos dejó su vida y su muerte.

También se puede leer el himno de Pablo: “Tened, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no consideró como fuerza codiciable el ser igual a Dios. Al contrario... se hizo semejante a los hombres” (Flp.2, 6-8), y ver que las vidas de los dos (la de Dios y la del hombre) corren entretreídas. Y, como él, descubrir la inmanencia de la absoluta Trascendencia, a Dios en el mundo y el mundo en Dios.

Pero ¿qué es lo que amo cuando te amo? No una belleza natural, ni una hermosura del orden temporal; no el resplandor de la luz, amiga de los ojos. No la suave armonía de melodías y canciones ni la fragancia de flores, de perfumes y de aromas; no el maná, ni la miel; ni los miembros gratos a los abrazos de la carne. Nada de eso amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, cuando te amo, es cierto que amo una cierta luz, una voz, un perfume, un alimento y un abrazo de mi hombre interior, donde mi alma bañada por una luz que escapa al espacio; donde oye música que no arrebató el tiempo; donde respira una fragancia que no disipa el viento; donde gusta comida que no se consume comiendo y donde abraza algo que la saciedad no puede esperar. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios”.

San Agustín

El Evangelio es mensaje de salvación para el mundo; pero ¿qué salvación aportó yo?

Aprender es ser discípulo y no maestro; más todavía, es convertirse al mundo de las cosas aprendidas.

En el fondo, Jesús nos enseñó ante todo una forma de ser hombre.

He de asumir dos cosas insuperables: tantas maravillas y tanto sufrimiento.

La fidelidad de Cristo fue más fuerte que la mentira de la muerte. Esa fue su victoria, cosa que se puso de manifiesto en la resurrección.

Cuanto más claro es Cristo, más oscuros se vuelven los teólogos.

Cristo en mí

Para Pablo, como para la Biblia, conocer es entrar en una gran corriente de vida y de luz que brotó del corazón de Dios y vuelve a conducir a Él. Y este conocimiento de Dios se traduce fundamentalmente en la fe, entendida como actitud total del individuo. Pues la gracia de Cristo me mueve a salir de mí mismo y va operando una vinculación progresiva con Él. Gracias a la fe puedo ir reconociendo a Dios y consintiendo en su designio de amor. La fe entraña, por otra parte, un juicio de valor sobre el sentido total de la existencia también. Aunque, para ser sincero al hacer estas afirmaciones he de reconocer el largo trecho que me queda por andar por el camino de mi fe.

Pero ahora muy bien sé que la fe me impulsa, en lugar de a la afirmación autónoma de mí mismo, a la entrega entera y libremente a Dios, a la renuncia a mi falsa autonomía, a un antropocentrismo despersonalizante, para realizarme como persona en la fe; pues en la fe uno no se aliena de sí mismo, sino que se encuentra liberándose de su propia suficiencia.

Estoy muy agradecido a cuantos en el siglo pasado me han hablado de la dimensión liberadora y desalienante de la fe. Eran personas muy atinadas las que me hablaban de que la fe nos libera de nuestro egocentrismo y de la mentira de nuestra independencia absoluta. Y de cómo en esa libertad que me da mi fe están comprendidas la voluntad, el conocimiento y el sentimiento.

Vi pronto que el desarrollo y la internalización de esta experiencia interior es cuestión de años, o de toda una vida. ¡Cuánto me cuesta aprender a percibir y a aceptar el mundo con los ojos de Cristo!

Hoy pocos dudan que la fe pueda llevarnos a la maduración y crecimiento por una parte, pero también a extravíos básicos por otra. Así algunos ven incompatibles la felicidad, el placer y la satisfacción con la imagen de Dios Padre que nos ofrece Jesús de Nazaret. Por lo que otras voces se ven obligados a alzar su voz en pro de tareas también urgentes: temas como el de las identidades, la incomunicación, el individualismo y el miedo. ¿Estamos convencidos de que Dios está volcado en la promoción de todo lo bueno y positivo para el mundo y las personas?

Además de que la experiencia cristiana es un encuentro con lo nuevo, no hemos de olvidar que ésta tiene también una dimensión universal. La hemos de expresar dentro de los límites de nuestra época, pero sin olvidar que Jesús luchó para que la imagen de Dios fuese percibida por todos: hombres buenos y malos, creyentes y no creyentes, judíos y samaritanos, pues todos somos hermanos y todos estamos en las manos de Dios.

La expresión del culto auténtico del cristiano y la puesta en práctica de su caminar por la vida como hijo de la luz, le lleva a descubrir cuál es la voluntad de Dios y, así mismo, la madurez en la vida cristiana. Pero el cristiano no puede encontrar lo que Dios quiere, en cada situación y en cada circunstancia, si no es mediante el discernimiento cristiano.

Para alcanzar la madurez cristiana, no sólo me he de conformar con saber lo que Jesús sintió y pensó, sino intentar ser más libre, liberarme de mis apegos y egocentrismo. Sabiendo que en esta tarea Jesús va delante abriéndome camino. He de aprender también a amarme y a aceptar mis debilidades y mis sombras, a vivir en paz conmigo mismo,

incluso a reírme de vez en cuando de mí mismo. A agradecer esos momentos en los que no siento conflicto entre mi bien y el bien común. No dudo de que Jesús hará que nos encontremos a nosotros mismos. Algo experimenté con claridad en La Concha de Artedo: Dios sólo se muestra en ese su amor que se refleja en nuestro amor.

“Este centro en el que todo está encerrado no es otra cosa que... el mensaje del ser divino de Dios como posibilidad del ser humano del hombre. Es el anhelo oculto de la historia, centro y núcleo del mensaje del reino del Dios de Jesús y suma y compendio del encargo salvífico de la Iglesia. Jesucristo ha unido ambas cosas en su persona; precisamente en su obediencia plenamente humana es verdaderamente hombre y verdadero Dios. Por eso Jesucristo es el reinado de Dios en persona. es el criterio permanente de toda acción cristiana y eclesial”

Walter Kasper



Imagen de Cristo

Para Pablo como para la Biblia, conocer es entrar en una gran corriente de vida y de luz que brotó del corazón de Dios y vuelve a conducir a Él. Y pienso que este conocimiento de Dios se traduce básicamente en la fe, entendida como actitud total de individuo. Pues la gracia de Cristo me mueve a salir de mí mismo y va operando una vinculación progresiva con Dios.

Gracias a la fe, fui reconociendo a Dios y consintiendo en su designio de amor. Y entiendo que mi fe entraña un juicio de valor sobre el sentido total de la existencia, aunque aún me quede tan largo trecho por caminar.

Pero también yo consciente de que la fe, en lugar de la afirmación autónoma de mí mismo, me lleva, y eso espero, a la renuncia de mi falta autonomía (mi egocentrismo), para realizarme como persona en la fe, pues en la fe uno no se aliena de sí mismo, sino que se encuentra liberándose de su propia suficiencia.

En este punto se me abrieron por fin los ojos cuando me paré a contemplar a Cristo como profeta y místico. Desde entonces vi que era imposible ser un místico cabal y no denunciar las injusticias de mi tiempo. Y con el tiempo fui viendo con claridad que quien quiera tomar a Jesús en serio tendrá que estar preparado para convertirse en un profeta y un místico. La profecía y la mística van muy unidas en él.

Y en un mundo tan ambiguo son necesarios más que nunca los profetas y los místicos. Ciertamente es que hoy los valores intramundanos, los hechos históricos, las realidades terrestres y profanas aparecen ante

el hombre bajo el signo de la ambivalencia. Ambivalente es el trabajo, el desarrollo económico-social, el progreso, la ciencia y sus aplicaciones y la actividad humana en general. Así el progreso tecnológico puede ser instrumento del mal o de grandes posibilidades liberadoras. La tecnología no significa una divinidad ni un demonio perverso. Su valor, su eficacia y su sentido, como ocurre con la ciencia, la economía y la política, dependen finalmente del hombre mismo que las crea y las dirige.

Desde el punto de vista cristiano, el criterio de valoración del esfuerzo creador del hombre en sus diferentes vertientes y expresiones, es el servicio a las personas. El criterio de valoración de Cristo, místico y profeta, sería la responsabilidad respecto al otro y el amor entendido como servicio realista y concreto. Para él una actividad humana que lleva a cabo una finalidad de más justicia, mayor fraternidad y una racionalización social más humana, vale más que todos los progresos técnicos. Cristo oró y luchó para que el hombre pudiera vivir humanamente. Pero ser místico y profeta, hombre de afrontamiento y no de seguridades, no es nada fácil. Ya un profeta antiguo denunciaba a los profetas que “profetizaban mentiras, enseñaban por su propia cuenta y al pueblo gustaban”.

“

Un discurso sobre la fe que no tenga en cuenta la amplia y honda cuestión del sufrimiento de los pueblos pobres que tutean diariamente con la muerte temprana e injusta, se niega él mismo como lenguaje sobre el Dios que “del más chiquito tiene la memoria muy viva”, como decía Bartolomé de las Casas. Con todos nuestros límites y deficiencias, conscientes de lo parcial e insuficiente de nuestros intentos de respuesta a cuestiones que nos abrumen, debemos, en el marco de la teología, hacer lo posible por evitar —con angustia y esperanza a la vez— que los pobres nos lancen a la cara el reproche de Job a sus amigos. “Todos sois unos consoladores inoportunos”.

Gustavo Gutiérrez

Jesús es el relato que Dios nos está contando al mundo.

Jesús es el no de Dios al sufrimiento y el gran sí de Dios a la felicidad.

En Jesús la dignidad de la persona ha sido elevada a un valor sin igual.

Contar la historia de Jesús ha de hacerse de tal manera que al contarla nos convirtamos en lo que contamos.

Hemos de narrar el relato de Jesús como la historia de Dios con nosotros.

En Cristo están contenidos todos los misterios y tesoros de la divinidad, pero también todos los misterios y tesoros del hombre.

Cristo nos quiere enseñar que la lucha por la justicia no es su lección más importante, sino mi vocación humana.

Fe, Esperanza y Amor

Fe, esperanza y amor son los tres modos de la respuesta del hombre, posible por la gracia, al don que Dios hace de Sí mismo en su Hijo. Son la expresión de la total disponibilidad del hombre ante Dios.

La fe significa, en su sentido bíblico, apoyarse en Dios, fundar en Él la existencia, confiar en Él. De igual manera, la esperanza significa también confianza, fidelidad, abandono al designio de Dios y rechazo consciente de buscar la seguridad y la salvación fuera de Él. De esta fe y esperanza sigue siendo ejemplo Abrahán.

El éxtasis de la fe y el abandono confiado de la esperanza, se prolongan en la desposesión de sí mismo en el amor, en el que el hombre alcanza la liberación de su propia existencia. Aunque este olvido de sí mismo no es un abandono negativo y resignado, sino un abandono positivo, una indiferencia oferente. El amor que me hace salir de mí mismo es la raíz de la auténtica libertad. La fe, la esperanza y el amor son también la ley de la transformación del mundo, pues el mundo se construye y se orienta hacia Dios mediante el amor, que es la expresión de la liberación interior operada en el hombre por la gracia de Cristo y por la presencia de su Espíritu. La fuerza del amor” todo lo explica, todo lo inspira, todo lo renueva y lo hace posible”. Este amor se expresa y se concreta, sobre todo, en el campo social. Pues el terreno de la abstracción se hace concreto y efectivo encarnándose en la lucha por los más desfavorecidos. Para el hombre creyente y con esperanza, no se trata de amar de una forma general y vaga, sino al hombre concreto

que lucha por vivir dignamente. El amor cristiano se demuestra en el compromiso eficaz por el hombre, en la lucha por la justicia, en la transformación de las estructuras sociales, en la defensa de los derechos humanos, o en la creación de la fraternidad humana.

La fe, la esperanza y el amor, como vemos, son además de un factor radical de liberación espiritual, una fuerza de creación e iniciativa histórica y, en el campo social deviene voluntad incondicional de justicia y de libertad para los demás.

Pero para que todo esto realizable, es necesario que antes descubra el respeto a mí mismo, necesario para que pueda dirigirme a los otros desde el fondo de mí mismo. Debo preocuparme, ante todo, saber qué quiere, qué necesita la gente, sentirme, también miembro de una comunidad basada en la confianza. Para Jesús lo que contaba en primer lugar era la radicalidad de la vida, del amor y de la esperanza. ¿Nosotros podremos con estas herramientas cambiar el mundo? Si miramos a Jesús, tendremos que decir que sí. Ardía de confianza, esperanza y amor. Hemos de superar nuestros egoísmos y egocentrismos no sólo de forma intelectual, sino a través de prácticas sencillas y cotidianas, capaces de reconstruir sentidos y apoyar nuestras vidas.

Innumerables desconocidos a lo largo de los siglos se orientan por los valores, medidas y actitudes del Hombre de Nazaret.

Ser auténticamente humano es una meta irrenunciable. Y la existencia cristiana no es otra cosa que profundizar, radicalizar y abonar lo humano.

Jesús nunca predicó el mensaje amenazador de Satán, sino el mensaje alegre del Reino.

Quien no confiese a Jesús y no utilice sus dones para provecho de los demás, no anda por el camino de él, sino por el suyo.

El amor cristiano es cristiano a condición de que primero sea humano

Muchos cuando escuchan, traducen.

La fe, como el amor, es una experiencia profunda y radical, fuerza de transformación interior y exterior.

No puedo fundamentar lógicamente mi fe, pero he de justificarla racionalmente.

Su clave

La clave de la existencia de Jesús consistió en vivir para su misión, es decir, como perfecto cumplidor de la voluntad del Padre, en actitud de obediencia total. El cumplimiento de su voluntad era lo único que buscaba, el manjar del que se alimentaba. Desde su entrada en el mundo, hasta su muerte, su vida fue obediencia, apertura, disponibilidad y abandono a la voluntad salvadora del Padre.

Cuando Pablo habla de que, muertos al pecado, estamos vivos para Dios, está afirmando nuestra participación de hombres creyentes en el sí de Cristo al Padre. Un gran teólogo afirmaba cómo cuando estoy unido a él, Jesucristo es mi yo existencial. Por la fe, la esperanza y el amor hago mía aquella receptividad para la voluntad de Dios. El anonadamiento de Cristo no es ejemplar únicamente en cuanto supone un sentimiento de humildad y de obediencia; el nuevo ser de Jesús, la condición de hombre mortal asumida por el Hijo, es lo que Pablo propone como modelo. El anonadamiento de Cristo significa solidaridad con la humanidad pecadora, esto es, que no sólo quiso asumirla en el estado de bajeza, sino asemejarse en todo a los humanos.

Y sean cuáles fuesen las explicaciones, lo cierto es el hecho de que Jesús encuentra y vive en la entrega al Padre y en el don de sí a los hombres por amor su verdadera autoafirmación.

Bien sabemos que la vida humana puede ser consciente de sí, elección, responsabilidad, compromiso y lucha; pero que también puede perderse en la renuncia a su propia identidad, deserción, huida, superficialidad o incapacidad de respuesta a las llamadas de la conciencia



profunda. Pese a todo, el cristiano ve que en Jesús lo humano se ha hecho Absoluto y que el que está en Cristo es nueva creatura. Las exigencias radicales de Jesús son inseparables de esa su actitud de disponibilidad a la voluntad del Padre. Jesús no conoce más que una actitud ante el Padre: la obediencia.

Por ello el radicalismo evangélico es irreconciliable con un cristianismo instalado en el mundo. Esta fe que libera al hombre y vence al mundo, es una fe que compromete, pues exige al hombre asumir la responsabilidad de sí mismo y, en suma, superar la tentación de instalarse en las estructuras y en los mecanismos de seguridad que amenazan aprisionarle. El hombre responde al don gratuitamente otorgado por Dios, con el absoluto de la opción que se le exige; a la libertad adquirida por la gracia, con el sí personal de la decisión de la fe.

Puede ser que todas nuestras afirmaciones resulten a los postmodernos un tanto oscuras y difíciles.; por otra parte, nosotros también podemos aclarar las cosas un poco más. Podemos interpretar lo que Jesús quería decir con la expresión “la voluntad de mi Padre” traduciéndola como “el bien común”. Jesús pensaba que el bien de todos era su propio bien. Por lo que puedo decir que lo mejor para todos es lo mejor para mí. Jesús quiere lo que es mejor para cada uno de nosotros y para el universo entero.



Si nos resulta difícil tomar a Jesús en serio y vivir como él vivió, es porque no hemos experimentado a Dios como nuestro “abbá”. La experiencia de Dios como su “abbá” fue la fuente de la sabiduría de Jesús, de su claridad y su libertad radical. Sin esto es imposible comprender por qué y cómo hizo las cosas que hizo”.

Albert Nolan

La obediencia de Cristo significa su fidelidad profunda a su vida a lo que era la voluntad, es decir, el proyecto del Padre que él llevaba en su corazón y que el Espíritu le hacía discernir.

Para Jesús lo que contaba era la radicalidad de la fe, la esperanza y el amor.

Jesús se sometió al destino común de la humanidad para que los hombres puedan seguir confiadamente sus pasos.

Si Dios quiere la existencia humana y la ratifica plenamente en Cristo, quiere que el individuo llegue a adquirir conciencia de su derecho inalienable al desarrollo personal.

Sólo una persona, Cristo, convirtió todo lo humano en persona.

Su estilo de vida siempre sugería otro en nosotros.

¿Por qué nos interesa tanto el infierno del más allá y no el eliminar los infiernos del más acá?

Existencia cristiana

La opción cristiana, respuesta personal del hombre a la interpelación y a la acción, actuada y vivida en la fe, esperanza y amor, conduce al creyente a una actitud nueva frente al mundo. Y “mundo” no significa aquí naturaleza o cosmos, sino, con la forma realista de pensar y expresarse el Vaticano II, “la familia humana universal con la universalidad de las realidades en las que se mueve”, como son: la actividad humana, las creencias, el trabajo, la ciencia, la técnica y la política.

El descenso de Dios al mundo y la ascensión liberadora del hombre en Jesucristo, realizadas ahora en la fe significan aceptarlas en su secularidad y en su pertenencia a Dios. Y esto aunque esta impregnación del mundo por la fe nunca sea total, pues siempre permanecerá fragmentada e insuficiente. Por eso siempre viviremos en una situación internamente contradictoria, en busca de una unidad que ningún optimismo idealista ni ningún evolucionismo ingenuo puede garantizar en el tiempo.

San Agustín por algo hablaba de las dos ciudades. Y al hablar así no estaba poniendo etiquetas a realidades externas, sino a las realidades interiores. La ciudad terrena representa lo inauténtico, destructivo, negativo y egocéntrico: la ciudad de Dios, aunque externamente no se distingue de la otra, representa el mundo auténtico del amor, de la gracia y de la salvación.

La huida del mundo que signifique evasión y ruptura sin más, no está inspirada por el cristianismo. Ni tampoco está inspirada una aceptación incondicional o una inmersión indiscriminada. La solida-

ridad con el mundo o el compromiso con el mundo significa a un mismo tiempo e inseparablemente renuncia, relativización y desprendimiento.

Tal vez hoy las cosas se nos han puesto más difíciles. Hoy más que nunca, nos convenga recordar aquí cómo Jesús alzó la voz para decir lo que pensaba sobre las prácticas de su pueblo y de los líderes. Y debió ser muy importante para su espiritualidad la lectura de los signos de los tiempos.

Para el cristiano la acción creadora de Dios constituyó el mundo en su secularidad y Cristo la asumió y aceptó definitivamente. Desde entonces, el creyente revaloriza esta autonomía del mundo, no su profanidad. Las realidades temporales no son un medio para alcanzar un fin superior.

Se trata ahora de cómo el hombre de fe puede realizar el designio de Dios respecto al mundo; de cómo es posible, y dentro de qué límites, una “consecratio mundi” que sea fiel a la autonomía propia de la realidad terrena.

El hombre no es sólo la cima del mundo creado: es la meta y el sentido del mundo. O dicho de otro modo: el mundo es “el cuerpo del hombre” o “la corporeidad” del espíritu. Por lo que no es preciso ningún dualismo o ruptura en esta doble referencia de las cosas creadas al hombre y a Dios. Al tratar de conocer y dirigir la realidad profana según las leyes y métodos propios, el hombre, al margen de cualquier consideración de tipo confesional, es llevado, aún sin saberlo, por la mano de Dios.

El arte, la ciencia, la economía y la política no necesitan ser “cris-

tianizadas” para ser realmente tales. El creyente traduce la trascendencia cristiana en la urgencia del desarrollo económico, en el diálogo con la ciencia y la cultura, en la instauración de la justicia en la lucha por la paz y, en fin, en la acción concreta en favor de los hombres allí precisamente donde se juegan éstos su existencia y su porvenir.

“

Lo mejor para todos es también lo mejor para mí. Lo que podría tener que sacrificar no es mi bien, sino mi egocentrismo egoísta, que no es bueno para mí de modo alguno. Empiezo a experimentar que mi bien es idéntico al bien común cuando empiezo a mantener mi ego bajo control y a experimentar mi unicidad con todos los demás. Sólo entonces seré libre para vivir y trabajar por el bien común o, en otras palabras, para hacer la voluntad de Dios... el bien común es, en último término, lo mejor para cada individuo único e irremplazable... Jesús habló sobre el bien común como la voluntad de Dios”.

Albert Nolan

Para mí la idea crítica o la exigencia crítica es una exigencia del amor.

¡Cuánto tiempo perdemos en la ortodoxia y creencias, y poco tiempo a la fe en Dios!

Tomar su “cruz” es preferir de un modo absoluto la voluntad de Dios a cualquier otro plan.

Ojalá pronto se encuentren lugares que favorezcan el desarrollo personal, donde la experiencia religiosa y la reflexión científica puedan fecundarse mutuamente.

Deberíamos esclarecer más e interpretar menos.

La filosofía sin teología es irrelevante; la teología sin filosofía, puede terminar en superstición.

En el mundo

Desde el punto de vista cristiano, el criterio esencial de valoración del esfuerzo creador del hombre y de su colaboración al progreso en sus diferentes vertientes y expresiones, es el servicio a la persona, la responsabilidad respecto al otro, el amor entendido en el sentido realista y concreto.

El mandamiento nuevo del amor no es sólo la ley fundamental del cristiano, es también la ley de la transformación del mundo. Y el mundo se construye y se orienta hacia Dios mediante el amor, que es la expresión de la liberación interna operada en el hombre por Cristo y por la presencia su Espíritu operante en los creyentes.

Esa fuerza de su amor todo lo explica, todo lo inspira, todo lo renueva y lo hace posible, según Pablo VI. Pero se trata de un amor a todos los hombres no de forma general y vaga, sino al hombre expoliado, concreto que lucha por sobrevivir humanamente. Uno de nuestros mayores errores es el haber querido diferencias entre amor y justicia. Debemos desarrollar nuestra fantasía creadora, discernir los acontecimientos, analizar las situaciones, tomar decisiones, asumir responsabilidades, colaborar creadoramente en la transformación de nuestra sociedad.

Todo el sentido de la actividad cristiana en el mundo consiste en hacer efectivo y operante el mandamiento del amor, ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo. Pero antes, entre otras cosas, conviene que examinemos si hemos caído en la resignación o el desencanto, y si tenemos claro que merece la pena esforzarse por comprometerse en edificar un mundo mejor.

La crítica cristiana, sin planteamientos blandos y demasiado confiados, ha de orientarse hacia una crítica del consumismo que lo quiere todo y contra el hedonismo, frente a la corrupción, el sufrimiento, el hambre, el paro, la pobreza y las víctimas. Nuestra crítica no ha de ser sólo una interpretación del mundo y de la condición humana; sino un esfuerzo de transformación.

La fe cristiana es un recuerdo de la vida y la muerte de Jesús resucitado mediante la praxis del seguimiento de Jesús: no mediante actos que imiten literalmente lo que Jesús hizo, sino respondiendo, como Jesús, a las nuevas situaciones a partir de una interna vivencia de Dios... La historia de Dios en el hombre Jesús, el resucitado, se convierte así en historia nuestra, sobre todo en y por la praxis de solidaridad con un Dios volcado hacia la humanidad. Siguiendo a Jesús, teniendo en él nuestra fuente de orientación e inspiración, participando en su experiencia del “Abba”, compartiendo su inclinación desinteresada por “sus hermanos más humildes” y poniendo nuestro destino en las manos de Dios, la “historia de Jesús”, el Viviente, sigue desarrollándose a la largo de la historia”

Eduardo Schillebeeckx

La opción primera de un cristiano: seguir a Jesús... poder vivir dando un contenido real a la adhesión a Jesús; creer en lo que él creyó; vivir como él vivió; dar importancia a lo que él se la daba; tratar a las personas como él las trató; interesarse por lo que se interesó; mirar la vida como la miraba él; orar como él oró; contagiar esperanza como la contagiaba él”

J. Antonio Pagola

Tomar su “cruz” es preferir de un modo absoluto la voluntad de Dios a cualquier otro plan.

Ojalá pronto se encuentren lugares que favorezcan el desarrollo personal, donde la experiencia religiosa y la reflexión científica puedan fecundarse mutuamente.

Si las palabras de Jesús se sacan de su verdadero contexto, que es el lenguaje del amor, tal vez tendrán un efecto degradante y devastador.

Vivir la vida significa hallar gusto al descubrir la realidad y, con ella, alcanzar armonía, mucho más que querer controlarla o conquistarla.

El ser humano no es una cosa más entre otras cosas; las cosas se determinan unas a otras; pero el hombre es su propio determinante.

El amor cristiano no es esa inclinación emotivo-sentimental imposible para todos; sino un benevolente y servicial estar ahí para los otros.

Acepte la realidad desentendiéndome a mí mismo, para encontrarme a mí mismo.

No podre reconciliarme conmigo mismo si antes no me he reconciliado con la realidad

Es el dolor de la ausencia lo que revela la profundidad de nuestros afectos.

Dios es un misterio y nosotros estamos dentro de ese misterio.

Jesús vivió en una perfecta relación de fraternidad con todos los demás y en una perfecta relación de unidad con Dios.

Toda idea de Dios que no corresponda a lo que es Jesús, es un invento humano sin valor.



Mundo Cultural

Hoy, cuando planteamos la cuestión del humanismo, hemos de afrontar el tema naturaleza-cultura. Hasta no hace mucho me manejaba bastante bien con el concepto neotestamentario de “mundo”. Pero las circunstancias, desde hace ya unos años, nos obligan a plantearnos esta cuestión de otra manera. Entiendo que todos nosotros cuando hablamos de “mundo”, no hablamos del mundo físico, sino de la humanidad. Aunque haya gente que aún por “mundo” entiende la humanidad estructurada en un orden socio-religioso injusto y rebelde y al que hay que oponer una alternativa.

El hombre es naturaleza (lo que hereda) y cultura (lo que aprende). Cultura es esencialmente una cuestión de ideas y de valores. Un conjunto de información y de habilidades que nos permiten la capacidad de reflexión, discernir valores y buscar nuevas significaciones. Y a sus expresiones también llamamos cultura. Por otra parte, la fe se expresa culturalmente y es insuprimible en las culturas que ofrecen una interpretación de la existencia. La fe influye en la visión de la realidad y en su expresión.

Aquí utilizamos el uso ordinario del concepto de cultura. Como fácilmente se puede observar a diario, las personas no nos portamos muy racionalmente, y creo que todos estamos convencidos de la necesidad de hacerlo y de que además de las necesidades e intereses han de imponerse los fines, valores y la razón. Por lo que una y otra vez recuerdo lo que incluía en el concepto de cultura una persona muy inteligente: conocimientos, creencias, valores, moral, ley, arte, cos-

tumbres, capacidades y hábitos adquiridos. A los que podemos añadir: capacidad de simbolizar, de generalizar y de sustituir simbólicamente. Pero aquí podemos simplificar más, para atender al reto que supone para nuestra fe el mantenerla viva en una sociedad tan secularizada.

Desde el concilio Vaticano II observamos la preocupación por mantener un diálogo sincero entre creyentes y no creyentes y de colaborar todos los hombres y mujeres de buena voluntad en la creación de un sociedad más democrática y menos injusta. A muchos este diálogo les parece imprescindible y, aún más, necesario en una sociedad que hoy rinde culto al multiculturalismo y al relativismo. Donde además la increencia se ha agrandado en sus diferentes versiones: científica, humanista, agnóstica, o en el relativismo y nihilismo moderno. Muchos pensarán que, estando así las cosas, poco espacio tenemos para maniobrar. Incluso otros ante tal magnitud de problemas creerán que nada podremos hacer. Gracias a Dios, hay muchos, sin embargo, que no piensan que: "la salvación en el más allá y aquí sálvese quien pueda". Frente a esta última postura, muchos creyentes aún confían en el ejercicio de la razón adulta y de la ética emancipadora.

Ante problemas no tan diferentes a los nuestros, Jesús y los primeros creyentes no se amedrantaron. Por eso muchos creyentes piensan que el multiculturalismo y el relativismo nos obligan a profundizar la verdadera tradición cristiana y a sacar a flote sus tesoros escondidos y olvidados. A dar razón de nuestra fe, a colaborar y a ponernos de nuevo las sandalias. El multiculturalismo que vivimos no puede conducirnos a enredarnos en discusiones ni a retroceder en el tiempo. Hemos de sentirnos cercanos de quienes buscan sinceramente la verdad, la bondad y la belleza. Para ello es necesario que religiones, intelectuales, artistas y medios de comunicación aborden el debate que hacer ante esta situación cultural.

“

El principal beneficio moral de la religión es que permite su confrontación con la época en que uno vive desde una perspectiva que la muestra en sus auténticas proporciones. Esto reclama a la vez valentía y protección contra el fanatismo... Una de las mejores cosas que pueden ocurrirnos es recordar que —usando un sugestivo término de Dietrich Bonhoeffer— todos los acontecimientos históricos son “penúltimos”, que su última significación descansa en una realidad que los trasciende “

Peter L. Berger

Yo creo que Europa debería ser la heredera de este sentido humanista de la defensa del individuo y de la necesidad de protegerlo.

Es triste comprobar cómo se eligen los aspectos provechosos de los valores democráticos, y se pasan por alto cuando se vuelven acusatorios.

Con la sabiduría pasa como con las personas: es tan sencilla que es difícil encontrarla.

No olvidemos que las cosas más fundamentales son también las más elementales de la vida y la existencia.

El diálogo no debe tener más condición que la de la razón.

Cuanto más me centro en Dios o en mi prójimo, más me siento unificado.

Solo si permaneces unido a Dios, podrás soportar estar unido a ti mismo.

¿Qué clase de pobreza genera no la indigencia total, sino el trabajo marginal, denigrante, mísero?

¿Cómo da sentido a sus vidas la gente?

La cristiandad sobrevive en esa compenetración milenaria entre las exigencias del Evangelio y los hábitos y leyes de la cultura europea,

Sin liberación cultural no hay liberación política.

Leemos nuestra vida en un libro que no sabemos muy bien quién lo ha escrito.

La inestabilidad no nos abandona nunca, como también la conciencia de que nuestra luz nos ilumina poco en la noche y de que necesitamos linternas para seguir adelante.

El postmodernismo algo tiene que ver con la decepción que siguió al mayo francés. ¿Es verdaderamente un fenómeno intelectual? ¿Sólo un síntoma de la frustración política y de la movilidad social del capitalismo tardío?

Los Signos

Parece ser que los signos de nuestros tiempos son asombrosamente ambiguos y confusos. Hemos entrado en una época que está llena de promesas, pero cargada de inimaginables nuevos peligros también.

Ante las dificultades de estos tiempos de incertidumbre cabe preguntarse si la gente se ha caído en la resignación y el desencanto o si aún piensa que merece la pena esforzarse por renovar la Iglesia y comprometerse en edificar un mundo mejor.

Más dificultades aún: por una parte, la ley del amor apunta también a un orden que sobrepasa las posibilidades humanas y el horizonte de las previsiones del futuro; y, por otra, es evidente que la actividad cristiana consiste en hacer efectivo y operante las exigencias del amor cristiano.

Y a estas dificultades hemos de añadir otras; el capitalismo industrial, económico y financiero nos trajo finalmente la inseguridad, pobreza y desencanto de una enorme mayoría. En un pasado no muy lejano, la mayoría de las personas confiaban en las certezas y las prácticas de sus respectivas culturas. Hoy las tradiciones culturales se están desintegrando. Todo está globalizado.

Bien sabemos que para que una sociedad se pueda mantener unificada se necesitan patrones de conducta, creencias, modos de ser y desear, maneras de darse identidad, actitudes emocionales, hábitos valorativos, manejo de signos, símbolos e imágenes. La cultura ha de ser configuradora de todo lo social. Sin embargo, nos llegó el postmodernismo con sus fiestas de la diversidad desafiante mientras el capita-

lismo felizmente se globalizaba. Y la identidad cristiana empezó a pasar por momentos difíciles.

A algunos creyentes les pareció que era el momento de retroceder en su análisis hasta los orígenes de tal frialdad y escepticismo; otros, en cambio, aunque en minoría, se animaron a avanzar sobre el papel a desempeñar ahora la religión.

Todo el sentido de la actividad cristiana en el mundo consiste en hacer efectivo y operante las exigencias del amor en la cultura de los hombres. Las exigencias del mandato del amor, definido por el Vaticano II como “ley fundamental de la perfección humana y, por lo tanto, de la transformación del mundo”.

Pero todas estas proposiciones han de tener en cuenta algo previo: la inteligencia de la fe debe sentirse hoy llamada a elaborar un discurso que tenga algo que decir en nuestro mundo. La fe que siempre ha encontrado su medio de expresión y de crecimiento en las culturas donde ha entrado también lo encontrará en una sociedad mundialmente desarticulada, con tantas brechas en su economía e innumerables víctimas por todas partes.

Decía Habermas que sólo desde las diferencias europeas puede construirse la identidad de Europa.

La revelación del amor de Dios, suprime la mentira de la independencia absoluta de Dios.

Una estructura mental que te incapacite para disfrutar de lo bueno que tienes, no es inteligente.

La paz no puede darse en la sociedad humana si primero no se da en el interior del hombre.

La Encarnación de Dios lleva a plenitud toda la ontología y la estética del ser creado.

Ninguna cultura es suficiente para abarcar todo el espectro de la experiencia humana.

Debemos mantener el diálogo incluso con la cultura de inspiración laica, renunciando a cerrazones intransigentes y a condenas inapelables.

La religión sin cultura ni sociedad vive en la estratosfera, es fósil.

¿Es posible conjuntar espíritu crítico y abandono piadoso, distancia racional y proximidad cordial?

Ya los griegos intuyeron que toda forma de democracia es imposible si no va acompañada por la Paideia, la educación.

Cultura es pensar en grande, tener sentido de la unidad por encima de las diferencias.

La tolerancia no es indiferencia, sino respeto y estima.

El culto a Dios es la vida misma.

La sabiduría ha sido siempre un don de la gente sencilla.

Muchos pensamientos sufren insuficiencia respiratoria, mejor es ayudarles a morir.

“

Esto ya lo vivió quien ha de ser guía de los cristianos, “el camino, la verdad y la vida”, y lo vivió con esa fundamental radicalidad de lo humano. Sobre esa base religiosa debe ser posible alcanzar la propia identidad psíquica, liberándose de la angustia, pero también la solidaridad social, liberándonos de la resignación causada por las servidumbres objetivas. Con esa fe que confía debería ser posible hallar un sentido a la vida incluso allí donde tiene que capitular la razón pura, en vista del sufrimiento absurdo, de la miseria inconmensurable, de la culpa imperdonable”.

Hans Küng

“

Los creyentes nos sentimos cerca también de quienes, no reconociéndose parte de alguna tradición religiosa, buscan sinceramente la verdad, la bondad y la belleza, que para nosotros tienen su máxima expresión y su fuente en Dios. Los percibimos como preciosos aliados en el empeño por la defensa de la dignidad humana, en la construcción de la convivencia pacífica entre los pueblos y en la custodia de lo creado. Un espacio peculiar es el de los llamados nuevos Areópagos, como el “Atrio de los Gentiles”, donde “creyentes y no creyentes pueden dialogar sobre temas fundamentales de la ética, del arte y de la ciencia, y sobre la búsqueda de la trascendencia” Este también es un camino de paz para nuestro mundo herido”.

El Papa Francisco

El Mal

El mal nos hace a todos reflexionar. Y eso ocurre cuando nos encontramos con las grandes tragedias; y cuando a nuestro alrededor vemos el sufrimiento de un ser querido, que la gente pierde el trabajo, la violencia se ceba con las mujeres, la crisis económica interminable para muchos, el maltrato de la naturaleza. Y eso sin pararnos ahora a pensar en la multitud de víctimas de la historia.

Del mal nos hacemos conscientes por el dolor que se hace sufrimiento. Y este escándalo que nos produce el problema irresoluble del mal alcanza su punto culminante y su expresión más plena en la relación entre el hombre y su muerte. Cuando se dice que el miedo al envejecimiento y a la muerte son la gran neurosis de nuestro tiempo se está traduciendo el hecho que domina la conciencia de nuestro tiempo. La antropología actual en su tentativa de asedio al misterio del hombre no puede eludir la confrontación directa ante este test irrefutable.

Al creyente jamás se le invita a la distracción, al divertimento, a la dispersión o al olvido. Por eso no se hace justicia al cristianismo cuando se afirma que “ha hecho de la muerte algo irreal”. La revelación bíblica lejos de esquivarla para refugiarse en sueños ilusorios, comienza por mirarla de frente con lucidez.

Pero el afrontamiento cristiano de la muerte tiene su motivación más profunda: si Cristo ha vencido a la muerte, asumiendo su muerte, la ha transformado. Su muerte nos salva.

Pero esta forma de entender la muerte de Cristo y sus efectos salví-

ficos (perdón, reconciliación...) no puede dejar en la penumbra la actitud del hombre Jesús ante ella, su forma personal de vivirla y aceptarla. Su muerte crea una nueva posibilidad de morir, de hacer de nuestra muerte una expresión de la libre aceptación de la propia creaturalidad y finitud, a pesar de ser pasión, ruptura y escándalo. Y aunque la muerte y su angustia no queden suprimidas, no constituyen el último de los adioses de nuestra existencia.

Sin abandonar en ningún momento esta visión individualista del mal, hoy hemos pasado a considerarlo como un fenómeno social. Sin embargo, esta visión social no suprime, ni mucho menos, la responsabilidad de cada uno frente a la historia. Podemos estar de acuerdo con Jürgen Moltmann. “Solo con el resurgimiento de entre los muertos, de los asesinados y los liquidados en las cámaras de gas, solo con la salvación de los desesperados y heridos para toda la vida, solo con la eliminación de todo dominio y violencia, solo con la destrucción de la muerte, entregará el Hijo el reino al Padre. Entonces cambiará Dios su dolor en alegría eterna. Esta es la razón por la que vivimos sintiéndonos corresponsables de la culpa y el sufrimiento, abiertos al futuro del hombre en Dios”.

Ante el misterio del mal quedamos sin respuesta y no nos queda otra cosa que, al contemplar la cruz con confianza, ésta nos anime a no perder el coraje, a seguir considerando la vida como algo maravilloso, a resistir al miedo. Sólo con una escatología de plena realización humana, más allá de la historia, en la que puede resarcirse el sufrimiento injusto de la presente vida, resultará coherente creer en un Dios que es amor.

Los enemigos del alma son los enemigos del hombre: hambre, enfermedad y desamor.

Jesús es el camino, la verdad y la vida. Y está vivo en todo aquel que, a través de la confianza, supera la muerte, en quien intenta responder con la bondad a la violencia; en todo el que se esfuerza en vivir el amor.

Una época decae cuando se debilitan sus convicciones fundamentales, cuando las creencias se desploman, la sensibilidad colectiva mira hacia otra parte.

Necesitamos una ética que aporte luz a las tareas más amargas del vivir humano, entre los que siempre se dan cita el sufrimiento, la soledad, el fracaso, la culpa y la muerte.

Clase trabajadora sin trabajo, clase media sin medios y clase alta sin clase.

Ingenua utopía es pensar que la política pueda cambiar el mundo.

Tal vez seguir peleando por hombres concretos y cambiar situaciones concretas sea lo más razonable y prudente.

Jesús está vivo en todo hombre que a través de la confianza, supera la muerte; intenta responder con bondad a la violencia; frente al odio, se esfuerza en vivir el amor.

No tenemos sentido de culpa ante este nivel de vida que tenemos y que es causa de tantas estructuras injustas.

La peor globalización es la de la hipocresía y la frivolidad que testimonian y explotan los medios de comunicación.



Con esa fe que confía debería ser posible hallar un sentido a la vida incluso allí donde tiene que capitular la razón pura, en vista del sufrimiento absurdo, de la miseria incommensurable. En otra ocasión he resumido lo esencial del cristianismo en una breve fórmula que desde entonces me ha ayudado a caminar por una vida de penas y alegrías, de éxito y dolor.

Siguiendo a Jesucristo el hombre puede, en el mundo de hoy, vivir, obrar, sufrir, morir, de modo auténticamente humano, en la dicha y la desdicha, en la vida y en la muerte, sostenido por Dios y ayudando a los hombres”.

Hans Küng

Es en el dolor de la ausencia lo que nos revela la profundidad de nuestros afectos.

La muerte es como la mentira que nos impide creer verdaderamente en la vida.

Para Jesús la raíz de los males de la humanidad está en el afán del dinero, el deseo de prestigio y la sed de poder.

La auténtica experiencia humana es el resultado de un largo haber-vivido - haber-sufrido.

En el tema del mal ninguna teología hizo progresos.

Sólo comprenderemos la singularidad cristiana a la luz de la cruz.

La modernidad ha llevado a cabo muchas de las transformaciones trascendentales, pero no ha transformado fundamentalmente el carácter finito, frágil y mortal de la condición humana. Lo que ha hecho ha sido debilitar seriamente aquellas definiciones de la realidad que anteriormente hacían que la condición humana fuera más fácil de soportar.

Si los signos de la trascendencia han pasado a reducirse a rumores en nuestra época, cabe todavía hacer algo: ponerse a explorar esos rumores, y quizá seguir su rastro hasta la fuente de donde brotan.



El rumor sagrado de sus olas

Epílogo

Magnolia me había llamado por teléfono.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté

Nuestro Javier se había muerto. Fue en el Hospital General de Oviedo, eso sí, rodeado de sus hijos y nietos. Le pedí que me llevara en su coche hasta allá. Se presentó al poco tiempo en mi casa. Y tan pronto como llegamos al tanatorio, percibí entre su gente la clara resonancia de la veneración y el cariño que se mereció. Noté también la mezcla de tristeza y orgullo que sentía Magnolia.

—Me gustaría haber estado antes aquí. Te agradezco el que me hayas traído. ¿En qué piensas ahora?

—Estaba pensando en él. Siempre me llamó la atención su manera de actuar prudente y controlada.

—Sí. Y sin miedo a los criterios adversos de los demás.

Rezamos un largo rato junto a su cadáver. También su familia rezó con nosotros. De vuelta, Magnolia me comentó cómo Javier murió como había vivido. Y así, hablando de él, pasamos casi media hora. Al final, con toda la lógica, pasamos a recordar a nuestros amigos comunes.

Carlos y Ana, según me dijo Magnolia, andaban por América, tal vez en México, parece ser que trabajando en una ONG y, le parecía, que también en una comunidad de base. Habían sido vecinos en Oviedo. Magnolia esperaba que hubiesen conseguido un equilibrio estable. ¡Cuánto disfrutaba Carlos rezando en los amaneceres de Artedo mientras su mirada grave era salpicada por el agua apacible! También a Ana se le desataba la dicha en los atardeceres con aquel carnaval de sombras.

Y ahora tan lejos...

Aunque para nosotros se hayan vuelto nuestras estrellas lejanas.

Seguro que ahora ya no se encuentra ante un sistema que controla hasta los más mínimos detalles y ha recuperado el aliento para pensar y expresarse por sí mismo.

Pablo lo conocimos cargado de responsabilidad cuando llegó a La Concha. Corrió excesivos riesgos. Pero, al fin, aquella colina de la infancia se le fue haciendo más presente, pero cada vez con más serenidad. En algunos momentos eligió la soledad, pero no para aislarse o sentirse desarmado emocionalmente. Hoy ya no se ahogaría ante incomprensiones y las expulsaría sin agredir a quienes le agredieron. Su forma prudente de actuar nunca fue miedo a la desaprobación. Alguien, no hace mucho, lo vio tan feliz por Gijón.

Manolo era más valiente de lo que él mismo se creía. No se adaptó al mundo que descubría, pero tampoco se quedó encerrado en el cascarón de sus preocupaciones. Se lanzó con valentía a la búsqueda de lo que se le había perdido. Pobreza y obligación, querer y no poder, en algún momento tejieron en él una tupida red de sentimientos de culpabilidad. Artedo fue algo transformativo para él. Su amor auténtico transformó todos los desencuentros y los desengaños que le salieron al paso.

Chano Rivas fue la primera muerte vivida en el grupo, aunque nos parezca que fue la última. A todos nos caía bien. Hasta a la gente de Artedo le importaba. No se hizo nunca problema del ser uno mismo sin dejar de serlo para los demás. No buscaba nunca, ni mucho menos, afanosamente la aprobación. Su sensibilidad, su mente y su corazón mantenían siempre un equilibrio perceptible a primera vista. “¡Y además, con aquel tipazo!”, añade Magnolia. En él siempre admiré el esplendor de lo sencillo.

—¿Con qué te quedas de todo lo vivido en La Concha de Artedo?

—me pregunta Magnolia.

—¡Con todo! Pero si me exiges más, te diré que con las personas. Cada verano allí me sentía otro. Me cambiasteis. No creo que se me olviden jamás vuestros nombres. Por todo ello algún acto de agradecimiento tendremos que hacer a Javier. El diálogo con él era armonía y pacificación. ¡Cuánto le dolería ver ahora con qué frivolidad se toman hoy en España las decisiones!

—¿Y a ti? —le pregunto a ella.

—Con la manera de hablarme de Cristo. Javier fue un milagro para mí. Su lenguaje ante nosotros era otro que el de sus apuntes: lo traducía todo a nuestro lenguaje. Y su lenguaje era el lenguaje del amor.

Sería justo recordar también los momentos de oración sentados frente al mar, de las lecturas del Evangelio, de partidas al mus con Miguel, Manolo Mariño, Santiago, Encarna o Nélida.

—Estoy contigo. Supuso un gran cambio para todos. Muchos veníamos preocupados por una visión del mundo que creíamos incompatible con nuestra imagen de la Iglesia; a otros les nos preocupaba la pobreza de la fe y del diálogo imposible. Ahora veo que teniendo presente a Jesús y su Evangelio, el cristiano puede leerlo todo sin complejo alguno. Esta fue la mejor lección.

—No vi a ningún sacerdote. ¿No te ha extrañado?

—Javier estaba en todo. No quiso complicarnos la vida a Javier y a mí.

—¿Cuál crees que fue su mejor acierto?

—Habarnos de todo desde Cristo. Ahora todos nosotros sabemos que era un profeta con exigencias radicales (“sí” o “no”); pero también

de una bondad extrema. Los episodios de su vida demuestran que se puede cambiar el mundo, por otra parte. Es una figura admirable. Según él, lo que hace falta no es acusar sino sanar. No veía en los otros pecado y culpa, sino su condición herida y quebrada, y también nuestras enfermedades, confusiones, miserias y miedos. Además, para Jesús cada individuo es único e importante. Enseñó a sus discípulos a no andar angustiados por el mañana. Cambió el centro de nuestra atención, del reino como acontecimiento futuro a una realidad aquí y ahora. Experimentó a Dios como “abbá”. Nos invitó a tener un comportamiento feliz con nosotros mismos. Nos dijo que la voluntad de Dios es que seamos felices. Y bien conocía nuestros límites de la cotidianidad que nos cercan.

—No pudo oír como quisiera al papa Francisco. Vería satisfechas todas sus ilusiones.

—El retorno al Evangelio no era para él una novedad. Que veamos colmadas en nosotros todas sus expectativas.

—¡Qué suerte hemos tenido, Nacho! Aunque sea tarea imposible.

—Con él y también con este lugar de encuentro.

—De veras.

—Por lo que en adelante estaremos siempre obligados a hablar de ese maravilloso lugar que es La Concha de Artedo. ¡De tantas cosas...! De la cordialidad de su gente, las fantasías de metal sobre sus tranquilas aguas, la inmovilidad de sus piedras rompiendo el aire, las formas luminosas que palpan sus aguas, la quietud dormida de sus noches, la afectividad compartida en grupo. Y del rumor sagrado de sus olas.



Dichosos los que eligen ser pobres, porque esos tienen a Dios por rey.

Dichosos los que sufren, porque esos van a recibir el consuelo.

Dichosos los sometidos, porque esos van a heredar la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de esa justicia, porque esos van a ser saciados.

Dichosos los que prestan ayuda, porque esos van a recibir ayuda.

Dichosos los limpios de corazón, porque esos van a ver a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque a esos los va a llamar Dios hijos suyos

Dichosos los que viven perseguidos por la fidelidad, porque esos tienen a Dios por rey”.

San Mateo, 5, 1-10



Entonces dirá el Rey a los de su derecha:

Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me recogisteis, tuve desnudo y me vestisteis, estuve enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y fuisteis a verme.

Entonces los justos replicarán:

—Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer o con sed y te dimos de beber? ¿Cuándo llegaste como como forastero y te recogimos o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo estuviste enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?.

Y el rey responderá:

—Os lo aseguro: Cada vez que lo hicisteis con uno de esos hermanos míos insignificantes lo hicisteis conmigo”.

San Mateo, 25, 31-40

“

La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no puede faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha”.

“De cualquier modo, nunca podremos convertir las enseñanzas de la Iglesia en algo fácilmente comprendido y felizmente valorado por todos. La fe siempre conserva un aspecto de cruz, alguna oscuridad que no le quita firmeza a la adhesión. Hay cosas que sólo se comprenden y valoran desde esa adhesión”.

“Para la fe, Cristo no es sólo aquel a quien creemos, la manifestación máxima del amor de Dios, sino también aquel con quien nos unimos para poder creer. La fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos”.

Papa Francisco

A la memoria de
Chano Rivas García,
Rafael García Martínez (Falín),
Javier Vega Peón,
Vicente Pérez Coya,
Dionisio y Visitación
que tanto amor y luz dejaron tras de sí.

A
Carlos Marrón Escaladas y
Amalia Álvarez Fernández
que tanto se merecen.

El sacerdote Ceferino Suárez de los
Ángeles, sigue teniendo su
corazón en el barrio de Guillén
Lafuerza, en Oviedo, donde vivió su
infancia, adolescencia y juventud. Estudió
en el Seminario de Oviedo. Conoció La
Concha de Artedo ya en los años 60.
Estuvo en Faedo (Cudillero), Ventanielles,
Somiedo, Noreña. En el 73 se fue a
Madrid donde conoció a gente tan
admirable como Rocío Ballesteros,
Carmen Huici, Portuondo, Caffarena, Del
Campo y otros. Y, sobre todo, a su familia
adoptiva que tanto vino a cambiar su
vida. En Madrid (tantos alumnos de
instituto y su Chamberí del alma) también
dejó parte de su corazón. Vuelto a
Asturias, recuerda con ternura a tantos
de sus seres queridos, disfruta con su
belleza y también le entristece lo poco
que se habla de Jesucristo.